



BURTON HARE

PROTAGONISTA: LA MUERTE



El «Hombre Grande de Hollywood» levantó la cabeza cuando entré en su despacho. Pareció un tanto sorprendido al verme.

—¿Qué demonios quiere usted, Ballinger? —bramó.

—¿Yo? Regístreme. Usted me ha mandado llamar, señor Solomon.

Arrugó el entrecejo. Empezaba a recordar para qué me había hecho acudir a su presencia cuando el teléfono vibró con un sonido agudo. Lo descolgó, cambió el enorme puro de un lado a otro de su boca grande como un cepo y gruñó:

—¿Qué pasa ahora? —Me hizo una seña—. Usted, Ballinger, siéntese... ¿Cómo? —aulló al teléfono—. ¡Maldita sea! No me importa dónde estuvo anoche, ni con quién estuvo ni qué hicieron. Pago a esa fulana una fortuna diaria para rodar unas escenas. ¿Lo has olvidado, Mugsy? ¡Tráela! Eso es..., aunque sea a rastras. El presupuesto no permite demoras. ¡Me importan un pimiento las jaquecas de esa pájara! Si no puede aliviárselas que se corte la cabeza... cuando haya terminado el rodaje. Y, entre paréntesis, ¿para qué infiernos te pago a ti si no puedes solucionar esos inconvenientes?



Burton Hare

Protagonista: la muerte

Bolsilibros - Servicio Secreto - 913

ePub r1.0

Lds 01.01.18

Título original: *Protagonista: la muerte*

Burton Hare, 1968

Cubierta: Ángel Badía

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

El «Hombre Grande de Hollywood» levantó la cabeza cuando entré en su despacho. Pareció un tanto sorprendido al verme.

—¿Qué demonios quiere usted, Ballinger? —bramó.

—¿Yo? Regístreme. Usted me ha mandado llamar, señor Solomon.

Arrugó el entrecejo. Empezaba a recordar para qué me había hecho acudir a su presencia cuando el teléfono vibró con un sonido agudo. Lo descolgó, cambió el enorme puro de un lado a otro de su boca grande como un cepo y gruñó:

—¿Qué pasa ahora? —Me hizo una seña—. Usted, Ballinger, siéntese... ¿Cómo? —aulló al teléfono—. ¡Maldita sea! No me importa dónde estuvo anoche, ni con quién estuvo ni qué hicieron. Pago a esa fulana una fortuna diaria para rodar unas escenas. ¿Lo has olvidado, Mugsy? ¡Tráela! Eso es..., aunque sea a rastras. El presupuesto no permite demoras. ¡Me importan un pimiento las jaquecas de esa pájara! Si no puede aliviárselas que se corte la cabeza... cuando haya terminado el rodaje. Y, entre paréntesis, ¿para qué infiernos te pago a ti si no puedes solucionar esos inconvenientes?

Colgó con un golpe que hizo estremecer la sólida mesa de nogal.

—¡Inútiles! —refunfuñó echando lumbre por los ojos. De nuevo me prestó atención y frunció las cejas—. ¿Ha leído usted La diosa de fuego, Ballinger?

—No. ¿Qué es eso?

—¡Qué es eso! —gimió—. Y usted se considera un guionista...

—«Soy» un guionista —dije con calma—. ¿Se trata de alguna de sus geniales películas, acaso?

Me miró. Dio un mordisco al puro y estuvo a punto de partirlo

por la mitad.

—Otro sarcasmo como éste y le arrojaré de aquí a puntapiés — me advirtió—. *La diosa de fuego* es una novela recién publicada. Hay un guión sensacional en ella y usted va a encargarse de eso. Tiene todo lo que se necesita para hacer un film explosivo, multitudinario, de los que producen millones.

—No me diga.

—Vaya a entrevistarse con Elaine Miller. Le espera esta noche. Sentí un escalofrío en la espina dorsal.

—¿Me espera esta noche? —repetí, incrédulo—. ¿La «Intocable» me espera esta noche?

—Ballinger, está buscándose dificultades. La Miller será la protagonista de la película. En realidad, ella fue la que trajo la idea. Tiene proyectos sensacionales para el guión.

—Una «estrella» con ideas propias... no se ha dado nunca esa especie en Hollywood y usted lo sabe.

—Haga otro chistecito como éste, Ballinger, y...

—Está bien, usted paga y yo escribo. Iré a la Miller esta noche, pero le agradeceré que la llame y deje bien sentado que iré allí..., no me gustaría encontrarla demasiado «ocupada» con alguna de sus apolíneas «ideas».

Alvin Solomon me fulminó con la mirada. El noventa, por ciento de habitantes de Hollywood y Beverly Hills se echaban a temblar cuando él los miraba así. Yo no temblé pero no le faltó mucho.

—¡Lárguese! —bramó.

Abandoné la butaca.

—Un momento —dije—. Voy a ver a la Miller para hablar de ese guión, pero todavía no sé una palabra del mismo, ni de su ambiente, ni del plazo para terminarlo ni de las condiciones económicas.

El «Hombre Grande», como le llamaba todo el mundo, suspiró ruidosamente.

—Si en lugar de pasarse el tiempo tendido en la playa para tostar su cuerpo enclenque se ocupase de...

—No soy enclenque. Además...

—... Frecuentar el despacho que tiene aquí, en los estudios, estaría enterado de todos esos pormenores, porque le fueron comunicados mediante un escrito. Y ahora, ¡largo de aquí!

Salí zumbando. Se había puesto rojo. No quería que me pusiera rojo a mí.

La rubia que estaba sentada fuera, detrás de una mesa color rosado, levantó la cara y el busto cuando oyó el portazo. Me obsequió con una radiante sonrisa.

—¡Oh, Ben...! ¿Te ha estado «maltratando»? —suspiró, inclinándose sobre la mesa.

—¿Quién, el ogro? Es demasiado pequeño para mí. Espera..., deja que te mire —había mucho para mirar, y todo ello de primera calidad. Ella se levantó, rodeó la mesa y vino a apoyarse a la valla de madera laqueada que servía de parapeto—. Me pregunto si alguien te ha prestado ese jersey..., porque indudablemente te queda pequeño..., por lo menos dos tallas. O tú eres dos tallas mayor que él, cualquiera sabe...

—¿No puedes fijarte en nada más que eso?

—Seguro. Bajando hacia el sur, por ejemplo...

—Olvídalo, estás obsesionado por el ambiente. ¿Qué quieres?

—¿Me prometes no abofetearme si te lo digo?

Respiró profundamente, con lo cual el maltratado jersey amenazó con resquebrajarse de arriba abajo. Parpadeé como si estuviera deslumbrado.

—¡Ben...!

Su voz temblaba, pero no te indignación.

—Está bien, palomita. Todo lo que necesito en este momento es la dirección exacta de Elaine Miller.

Yo sabía que eso la impresionaría. Vaya si la impresionó.

—¡Ben, tú! —estalló—. Tú también te has dejado cazar por esa...

—Nena, si me hubiese cazado sabría su dirección de memoria y podría llegar a su casa con los ojos vendados. Es una cita de negocios, ni más ni menos.

—¿Desde cuándo le han cambiado el nombre a eso, muchacho?

—¡Niña!

—Bueno, vive en Beverly Hills..., espera.

Consultó un fichero que siempre estaba cerrado con llave, anotó algo en una cartulina y volvió junto a mí. Me entregó la cartulina.

—Que te aproveche —masculló—. Nunca volverás a ser el mismo de antes. Es una pantera.

—Debe ser estupendo sentirse devorado por ella, ¿eh, linda?

—¡Márchate de aquí antes que te tire algo!

Salí apresuradamente. Lo malo que tienen todas esas chicas de Hollywood, es que cuando uno ha salido con ellas un par de veces se creen con derecho a gobernarlo..., por lo menos en el aspecto amoroso.

Saqué el descapotable del aparcamiento de los estudios y enfilé rumbo a Beverly Hills. Las últimas luces del atardecer ponían tintes morados en las colinas, tiñendo los jardines y parques del norte de Hollywood.

Mientras rodaba por Sunset Boulevard me dediqué a pensar en la última vez que viera a Elaine Miller. Fue en ocasión del rodaje de una monstruosidad futurista o algo así. Ella saltaba por las dunas de arena como si volara, al pie de la espuma del mar. Llevaba puesto algo que podía tomarse por una *negligé* tan espesa como un girón de niebla, que revoloteaba alrededor de sus muslos al correr. Sus esculturales piernas eran todavía más atractivas bajo aquella cosa etérea. Creo que huía de un monstruo de cartón piedra o algo así; no lo sé muy bien porque esa parte no se había rodado todavía, y, por descontado, no vi la película.

Pero ella era una dama vivaz y con una anatomía que no cabía en la pantalla grande. Tenía unos labios incandescentes, que ardían incluso en el lienzo de plata, y unos ojos verdes, descarados, con los que era capaz de expresar todo lo que una mujer normal necesita decir con la ayuda de un diccionario sexual.

No cabía duda que en la actualidad era la mujer más taquillera de Hollywood, aunque no pudiera decirse lo mismo de sus cualidades de actriz, pero ¿a quién demonios le importaban sus dotes de actriz, cuando con su sola presencia los cines se llenaban a reventar?

Comencé a formarme una idea respecto al libro del cual se esperaba que yo extrajera el guión. Si la idea había partido de ella, y además, iba a protagonizar la película, no cabía duda que la cinta no sería apta ni para menores ni para cardíacos impresionables.

La diosa de fuego.

Realmente, era un título adecuado para Elaine Miller. Ella era de fuego, aunque no se pareciera en nada a una diosa.

Vivía en una residencia escondida en medio de un frondoso

jardín, casi al final de Alta Bea Crescent. Era un buen lugar para vivir. A diferencia de la mayoría de palacios habitados por las estrellas, éste de la Miller era pequeño y coquetón, carente de servidumbre, circunstancia muy conveniente tratándose de una mujer como ella, con una vida amorosa tan intensa y que exigía suma discreción para evitar que las chismosas de las revistas de escándalo metieran sus narices en ella.

Detuve mi convertible ante la verja de entrada. La reja era impresionante, rematada por agudas puntas de lanza doradas. Las sombras de la noche habían caído entretanto, y las luces del coche iluminaron las abiertas puertas de hierro. No cabía duda que me estaba esperando.

Deslicé el auto por el sendero de grava que chirriaba bajo las ruedas. El jardín, en la oscuridad, tenía un aspecto sombrío.

Cuando me detuve frente a la casa advertí que no había luz en ninguna de las ventanas. Aquello no me gustó, porque se suponía que la nuestra iba a ser una sesión de trabajo..., a menos que yo pudiera evitarlo, naturalmente.

Empujé la puerta claveteada de hierro. Alguien debió pensar al construirla que así le daba el aspecto de la vieja entrada a un castillo. Con un demonio, su aspecto era deprimente.

Se abrió y entré. Dentro estaba oscuro. La casa seguía tan silenciosa como una tumba.

—¿Hay alguien aquí? —grité.

Mi voz se repitió por todas partes, rebotando de pared en pared.

Esperé inútilmente. Nadie respondió.

Comencé a pensar en largarme al diablo. Si ella había olvidado la cita, por mí estaba bien. Yo tenía otras cosas que hacer aquella noche, entre ellas atender a cierta pelirroja que había conocido en la playa pocas horas antes.

Pero el recuerdo del vozarrón del «Hombre Grande» me detuvo. Quizá debía esperar a que ella regresara. Confié en que lo hiciera sola, y no en compañía de alguno de sus apolos de turno.

En consecuencia, me adentré en la oscuridad en busca de una luz. Cuando la encontré el vestíbulo quedó iluminado. Era una pesadilla de colores negros, rosados y blancos. La alfombra resultaba tan espesa como un prado y los pies se hundían en ella hasta el tobillo.

Avancé hacia la primera puerta de mi derecha. La abrí y encendí la luz. Alguien había tenido la idea de convertir aquella estancia en un salón de descanso o algo semejante. El diván era más grande que una cama de matrimonio. Quizá fue hecho así a propósito, me dije. Había almohadones esparcidos por el suelo, todos ellos de colores que producían dolor de cabeza. La alfombra seguía extendiéndose allí dentro.

Un bar en un rincón me reconcilió con el bastardo decorador que había creado aquella monstruosidad. Navegué por la alfombra hasta el bar, agarré una botella y un vaso, registré hasta localizar el hielo y me escancié un trago suficiente para aguardar un par de horas.

Era un *whisky* de primera. No me importó esperar.

Pero al cabo de unos minutos me dejé ganar por la curiosidad y salté del taburete. Abrí otra puerta. Encendí la luz. Era un saloncito íntimo, pequeño, con cortinajes blancos colgando desde el techo a la alfombra. Otra pesadilla.

Al otro lado del saloncito una gran puerta estaba entornada. Llevándome el vaso conmigo me dirigí a ella. Vagamente, como si la idea no se atreviera a formarse con claridad, pensé que me gustaría dar un vistazo al dormitorio de la devoradora de hombres...

Aquello era el dormitorio, ni más ni menos. Encendí la luz y lo comprobé.

La gran cama estilo Hollywood, redonda y situada sobre una especie de estrado, estaba cubierta por una colcha rosada. Sólo que en una buena parte de ella el rosado se había convertido en rojo por efecto de la sangre que la empapaba.

Elaine Miller estaba tendida de través, desnuda, y su belleza provocativa ya no volvería a encandilar a nadie, porque estaba muerta.

Tenía dos agujeros de bala debajo del seno izquierdo.

Cuando mi estómago dejó de dar saltos y volvió a su lugar, me adelanté hacia la cama. Ella tenía los ojos verdes inmensamente abiertos, fijos en el techo. Los labios que habían ardido tantas veces en la pantalla y fuera de ella eran ahora pálidos y fríos.

Uno de sus brazos estaba extendido a un costado del cuerpo. El otro aparecía retorcido y su mano quedaba oculta por un pliegue de

la colcha.

Con mano temblorosa, busqué el paquete de cigarrillos y me coloqué uno entre los labios. No se me ocurrió encenderlo. Distinguí un libro caído a dos pasos de la cama y adiviné su título aun antes de inclinarme y darle la vuelta:

La diosa de fuego, de Jay Nutting.

Nunca había oído el nombre de ese autor.

Estaba todavía inclinado sobre el libro cuando percibí un leve sonido sobre mí. Algo semejante a un susurro...

El ruidito terminó entre un estallido de luces, algo así como un castillo de fuegos artificiales. Sólo que explotó todo entero en mi cráneo y entonces la mullida alfombra subió al encuentro de mi cara.

CAPÍTULO II

La vuelta a la vida fue la entrada a un infierno. Mi cabeza latía como un globo demasiado hinchado, a punto de estallar. Sentí náuseas, pensé que estaba muerto y luego recordé el hermoso cuerpo desnudo que reposaba en la cama.

Traté de moverme y eso fue peor, pero no podía quedarme allí, tumbado. Debía llamar a la policía cuanto antes.

Al mover las manos advertí que tenía algo en la derecha. Abrí los ojos y aparté la cara de la alfombra, porque me cosquilleaba en la boca.

Lo que tenía empuñado era un revólver de gran calibre, con el cañón alargado por un silenciador. Lo solté como si hubiera sido un hierro al rojo vivo.

Maldije en todos los tonos. Conseguí sentarme en el suelo. El vaso estaba sobre la alfombra. El *whisky* se había desparramado, manchándola lastimosamente.

Volví a mirar el enorme revólver. Era un «45». Yo había escrito en algunos guiones situaciones parecidas a la mía, pero en todas ellas el tipo que despertaba a la vida era un detective bregado en estas lides, capaz de entenderse con él sólo con toda una pandilla de pistoleros.

Bueno, yo me sentía morir, lo que demuestra que lo que uno escribe nunca se parece a la realidad.

Logré ponerme de pie con no pocos esfuerzos. En un rincón, sobre una mesita de formas delirantes, había un teléfono blanco. Era lo que necesitaba.

Lo descolgué, marqué el número de la policía y en aquel instante escuché pasos recios y pesados acercándose por encima de la alfombra. Recuerdo que me sorprendió oírlos. Debía tratarse de

alguien muy grande para producir tanto ruido a pesar de la gruesa alfombra...

Era alguien grande, en efecto. Pasaba de seis pies, parecía un hércules en traje de calle. Sus ojos grises lanzaban destellos al mirarme por encima del cañón de un revólver «38» de la policía.

—¿Qué pasa aquí? —bramó el tipo, deteniéndose en la puerta.

Entonces vio el cuerpo desnudo, la sangre y todo lo demás. Dio un respingo y avanzó rápidamente.

Alguien comenzó a chillar a través del teléfono. Dije:

—¡Un momento!

El tipo se volvió hacia mí. Estaba pálido.

—De modo que se la ha cargado —masculló—. Un crimen pasional, ¿eh?

—Escuche...

—Sargento Logan —bramó—. ¿A quién cree que está telefoneando?

—Éste..., a la policía, por supuesto.

—¡Yo soy la policía! Deme eso...

Me arrebató el auricular. Se identificó y enseguida añadió:

—Está bien, manden a los muchachos. Se trata de un asesinato sexual. He cazado al tipo aquí mismo. Eviten los reporteros porque la víctima es una estrella de cine... —añadió la dirección. Dio un gruñido.

Colgó furiosamente y se enfrentó conmigo otra vez. Yo traté de decir:

—Escuche, ella estaba muerta cuando...

—¡Cállese!

—Pero si yo no la he matado, sargento...

Entonces perdió la paciencia y me golpeó. No fue un golpe muy duro después de todo. Sólo me lanzó al otro extremo del cuarto dando tumbos.

Quedé sin resuello. El sargento esperó que me incorporase. Me advirtió:

—Hablará cuando le pregunte, maldito bastardo. ¿Es ésa el arma del crimen?

Señaló el revólver que estaba en el suelo. Traté de explicar cómo me había despertado con aquel cañón en la mano, pero no encontré voz suficiente con que hacerlo y él dio por hecho que aquél era el

revólver con que yo había matado a la Miller. Sacó un pañuelo de su bolsillo, lo echó sobre el arma y la levantó para olisquear el cañón.

—Ajá, recién disparado —exclamó—. Y usted no lleva guantes, de modo que apuesto el cuello a que sus huellas estarán aquí... Bien, chico, tiene el consuelo de que la cámara de gas no duele...

Me estremecí. Las náuseas arreciaron. Vi una puerta a mi lado y me precipité a ella. Afortunadamente, era el cuarto de baño.

Cuando me sentí mejor, el policía estaba apoyado en el umbral de la puerta.

Entonces encontré la voz que perdiera.

—¿Cómo demonios ha llegado usted tan a tiempo? —jadeé.

—Iba en un auto patrulla. Hemos visto la verja abierta de par en par. Eso no es normal aquí, en la residencia de una «estrella», de modo que me he adelantado para echar un vistazo. Lo he hecho en el momento justo. Vamos, salga de ahí.

Pasé por delante de él. El puñetazo en el estómago me dolía como un infierno, y mi nuca parecía a punto de partirse por la mitad. No puede decirse que me encontrase de humor precisamente.

—Mire —fe espeté—. Yo no la he matado. Estaba así cuando la encontré y...

—Ahórreselo. No me convencerá.

—¡Pero si es cierto! Alguien me ha golpeado cuando estaba inclinado mirando el libro.

—¿Qué libro?

—Ése... *La diosa de fuego*.

Señalé hacia donde debía estar el libro. Sólo que había desaparecido. No había ninguno en toda la habitación.

—De modo que examinando un libro... y no hay ningún libro. ¿Por qué clase de idiota me toma?

Azorado, traté de comprender aquello. No dudaba que había estado mirando el libro. Debía estar allí...

Sólo que no estaba.

Había una ventana cerrada en un ángulo. El la abrió y gritó a alguien que estaba fuera. Poco después, un agente de uniforme entró precipitadamente. Se inmovilizó cuando vio el cuadro.

—Ya he avisado a la Brigada —dijo el sargento—. Espéreles fuera, en la calle, y guíeles aquí cuando lleguen.

—¿Ese mequetrefe es el que la ha liquidado? —se asombró el patrullero.

—Seguro.

—Hay que ver..., con lo guapa que era... ¿Por qué lo habrá hecho?

—Quizá porque era demasiado guapa y no se conformaba con él solamente... ¿Verdad?

Le dirigió una mala mirada, pero era inmune a eso. Me espetó abruptamente:

—¿Cómo se llama?

—Ben Ballinger. Soy guionista. Precisamente había venido aquí para...

—¡Silencio!

Me encogí de hombros. Era inútil tratar de razonar con semejante cretino, así que engullí lo que estaba tentado de soltarle y esperé.

Al cabo de unos minutos, él dijo:

—¿No quiere llamar a su abogado, tipo listo?

—No se me había ocurrido. Lo haré cuando crea que lo necesito.

—Va a necesitarlo.

—Tal vez.

Me examinó. No le gustó el cambio que advirtió en mi expresión.

—¿Qué le pasa ahora, cree que escapará de ésta? —Gruñó.

—Usted lo verá.

Se rió. Observé que daba constantemente la espalda al cadáver. No le gustaba la sangre. Un tipo pusilánime para ser polizonte.

No tardaron mucho en llegar los demás. Pertenecían a la Brigada de Homicidios y venían al mando del teniente Herrick, un hombre de cuarenta años, rostro amargado y expresión muy vivaz en sus ojos pequeños y azules. Vestía con cierto descuido y llevaba un sombrero demasiado sudado echado sobre la nuca.

Entonces me dejaron en paz, mientras hablaban entre ellos y los peritos se disponían a realizar su labor.

Veinte minutos más tarde, el teniente Herrick se enfrentó conmigo con una cara que no auguraba nada bueno.

El sargento Logan volvió a su auto-patrulla, con lo que me sentí mucho mejor.

El teniente dijo:

—Empiece a hablar, y rápido, muchacho. Quiero saberlo todo.
Se lo conté todo.

CAPÍTULO III

Llegó el forense. El teniente lo llamó, señalándome.

—Échele un vistazo en la sesera al muchacho, «Doc», Dice que le han machacado con algo duro...

El médico miró el cadáver. Para él debía ser más atractivo que mi cabeza. Después se colocó a mi espalda y tanteó con los dedos el chichón en forma de huevo que me había crecido en la cabeza.

—No hay desgarro, pero es un buen golpe —dijo—. Opino que le han sacudido con un «rompecabezas» o algo semejante.

—¿No con la culata de un revólver?

—No, porque entonces habría desgarro. El objeto que han utilizado debía estar recubierto de materia blanda, goma tal vez, o cuero. Qué demonios, un trapo cualquiera arrollado alrededor de un trozo de tubería de plomo haría el mismo efecto.

—Ya veo... Bueno, ocúpese de la nena ahora, si quiere.

Mentalmente, le di las gracias al matasanos. La actitud del teniente cambió a partir de aquel momento.

—Usted afirma que había un libro en el suelo, cerca de la cama. ¿Tiene idea de por qué alguien se lo ha llevado?

—Ni la más remota. Era el libro sobre el que debía basar el guión..., ya se lo he contado también.

—Pero ha desaparecido...

—No puedo explicármelo. Cualquiera puede comprar un ejemplar en las librerías. A menos que ése en particular contuviera anotaciones hechas por Elaine, y que pudieran comprometer al criminal...

—Sí, tal vez.

—¿Quiere decir con eso que ya no me considera sospechoso?

Me miró de arriba abajo. Sus ojos azules se me antojaron fríos

como el hielo.

—Es sospechoso todavía —rezongó—. Sólo que ese chichón me desconcierta. No cabe duda que alguien le ha golpeado. No puede habérselo producido usted mismo.

—¿Entonces...?

—Ya veremos.

—Pero no va a detenerme, ¿eh?

—No, no creo que pudiera hacerlo sin contar con más evidencias en contra suya. Pero deberá usted permanecer en la ciudad hasta nueva orden, por si le necesito posteriormente.

—De acuerdo.

El forense se desentendió del cadáver, volviéndose hacia nosotros.

—No hay mucho que pueda decirle —refunfuñó—. A juzgar por el grado de coagulación de la sangre, y teniendo en cuenta la temperatura que reina en esta habitación, opino que ha muerto hace más de dos horas.

—¿Eso es todo?

—Le diré más cuando le practique la autopsia. Bueno, puedo decirle también que el asesino pudo haberse ahorrado una bala. Las dos heridas son mortales.

—Pero en cuanto al tiempo que hace que está muerta podemos fijarlo en dos horas...

—Quizá algo más. Dos y media.

—Pero ¿no menos?

—En absoluto.

—Bien, esperaré su informe, doctor.

Nos dejó, largándose como si estuvieran esperándole una legión de cadáveres.

El teniente farfulló:

—Todo eso podía haberlo deducido yo solo, sin la ayuda del matasanos. Vamos, salgamos de aquí para que los muchachos puedan trabajar.

—¿No recoge usted el revólver?

—Cuando hayan sacado todas las fotografías.

Fuimos a instalarnos en el salón donde estaba el bar. Me encargué de servirme otra dosis de *whisky*. La necesitaba.

—¿Quiere un trago, teniente?

—No.

—Bueno, yo sí..., y no sólo uno.

Bebí glotonamente el primer vaso. El *whisky* seguía siendo de primera calidad.

Cuando terminaba de escanciarme la segunda dosis, el polizonte dijo:

—¿Está seguro de no haber escuchado ni visto nada en relación con su atacante?

—Sólo el extraño susurro... que debió ser producido por el golpe.

—Seguro. Pero ¿no oyó pasos, aunque fueran quedos?

—Completamente seguro.

—Sin embargo, según usted, oyó los pasos del sargento Logan cuando estaba usted telefoneando a la policía.

—Sí, pero el sargento es un tipo enorme y pesado. Además, pisa con mucha fuerza, como si fuera el amo del mundo. Por otra parte, el que me ha golpeado debe haberse acercado con grandes precauciones.

—Es cierto. Bien, muchacho, eso es todo por el momento. Le espero en mi despacho de la Jefatura a las diez de la mañana para que firme sus declaraciones. No me haga esperar.

—Conforme.

Vacíé el vaso, lo dejé sobre el bar y estreché la mano del teniente. Cuando salí al jardín, vi que mi coche estaba bloqueado por los de la policía, dos de ellos con el faro relampagueando sobre el techo.

Al lado de uno de aquellos autos estaba el sargento Logan, fumando calmamente un cigarrillo. Se enderezó cuando me vio subir a mi descapotable.

—De modo que el teniente le ha soltado, ¿eh?

—El es más inteligente que usted, sargento.

—¿Quiere que le salte los dientes?

—Ahora no tiene nada contra mí. Inténtelo y verá lo que le espera. Tengo amistades, ¿sabe?

—Estoy temblando... y haré que tiemble usted pronto, muchacho.

—¡Maldita sea! ¿Por qué la ha tomado conmigo?

—Porque yo no creo que sea usted inocente. Y ahora lárguese;

dedíquese a escribir historias mientras yo reconstruyo la suya.

—Bueno, no puedo impedirle que pierda su tiempo, aunque sea tiempo pagado con dinero del contribuyente...

Arranqué antes que me golpeará de nuevo. Al salir me crucé con la ambulancia que entraba. En la calle se había formado un pequeño atasco de circulación, provocado por los curiosos que querían averiguar qué estaba sucediendo en la casa. No es frecuente ver espectáculos semejantes en Beverly Hills.

Conseguí abrirme paso y me alejé. Todavía me sentía poco seguro, y la nuca era una continua punzada de dolor. También el estómago se retorció de vez en cuando como resultado del puñetazo del sargento Logan.

Conduje hasta mi estudio. Dejé el coche, subí y descolgué el teléfono. Después de consultar el número privado de Alvin Solomon le llamé, sabiendo por anticipado que se daría a todos los diablos por ser molestado en su domicilio.

Efectivamente, aulló como un condenado hasta que se quedó sin resuello. Entonces calló, para recobrar el aliento. Aproveché para espetarle:

—Elaine Miller no protagonizará su película, señor Solomon.

—¿Qué? ¡Ballinger! —bramó—. ¿Está borracho?

—Eso quisiera, pero no me han dado tiempo. Ella está muerta.

Bufó y por el auricular me llegaron una sucesión de estallidos incomprensibles. Al final su voz se hizo inteligible.

—¿De qué está hablando?

—De Elaine Miller. Está muerta —repetí.

—Mire, Ballinger, voy a...

—Asesinada —le interrumpí.

—¡Condenación! ¿Qué ha dicho?

—Alguien ha asesinado a la Miller. Eso es lo que estoy tratando de hacerle comprender.

—No es posible..., no habla usted en serio, Ballinger.

Su voz se extinguió, como si le faltara el resuello después de una larga carrera cuesta arriba.

—Nunca gasto bromas con la muerte —dije, sombrío—. La policía está allí ahora. Me han interrogado, golpeado y casi ejecutado por criminal. Todo eso se lo debo a usted, señor Solomon.

—Déjese de estupideces. Eso nos coloca en muy mala situación.

Había invertido una fortuna en una campaña de publicidad para Elaine...

—De modo que eso es lo que le preocupa, ¿eh?

—¡Por supuesto que me preocupa! El dinero era mío. ¿Saben ya quién la ha matado?

—Todavía no. Por el momento, yo tengo la exclusiva. Iban a cargarme con el mochuelo.

—Me lo contará mañana en mi oficina de los estudios —me atajó, furioso—. Ahora necesito pensar..., es una maldita situación esta...

—Lo es. ¿Qué hay del guión ahora?

—Seguiremos adelante. Ya encontraré otra «estrella» capaz de protagonizarlo.

Algo semejante a una campanilla empezó a sonar en mi cabeza.

—Creo que conozco a la chica ideal para ese trabajo. Supera a la Miller en cuanto a anatomía, señor Solomon.

—¡No me diga! ¿Y es actriz al mismo tiempo?

—Ha intervenido en tres o cuatro películas, aunque en papeles de segundo orden. Pero puede hacerle una prueba..., a fin de cuentas, la Miller era tan actriz como yo obispo metodista.

—¿Cómo se llama ese fenómeno?

—Maude Keever.

—Ése debe ser su nombre auténtico, supongo.

—Sí.

—Habría que cambiárselo... Tráigala mañana a mi oficina si es realmente «espectacular».

—Conforme. Usted mismo lo comprobará.

—En cuanto a lo de Elaine, no hable con los periodistas, Ballinger. Nuestro departamento de relaciones públicas se encargará de eso.

Colgó sin esperar mi asentimiento.

Yo hice lo mismo. Busqué la botella y me preparé tan buen trago. Me sentía débil, y de vez en cuando me daban escalofríos, de modo que necesitaba una tónica.

Tardé un buen rato en recobrar el dominio de mí mismo. Entonces comencé a pensar en Maude y la oportunidad que yo iba a proporcionarle. Era necesario hablar con ella inmediatamente, olvidándome del crimen, de la sangre y del maldito sargento Logan.

Volví al coche y fui en su busca.

CAPÍTULO IV

Maude era una muchacha alta, de cuerpo prieto, largas piernas bien moldeadas y rostro de una belleza explosiva en el que brillaban con luz propia unos ojos azules en los que parecían arder llamas doradas.

Quedó enmarcada en el umbral cuando acudió a mi llamada. No puedo decir que su expresión fuera amable al verme.

—¡Tú! —estalló—. ¿Sabes qué condenada hora es?

—Seguro, nena.

—Me has sacado de la cama..., después de que la, última vez que me citaste ni siquiera llegué a verte el pelo.

—Bueno, me amarraron en los estudios, compréndelo...

—¿A ti?

El sarcasmo de su voz cortaba como una navaja.

Preferí no replicar porque la razón estaba de su parte. En lugar de eso deslicé la mirada de arriba abajo y sentí que mis piernas vacilaban.

Iba envuelta en una bata suelta, de color malva, pero que brillaba como si estuviera tejida con hilos de oro. La bata era tan tupida como puede serlo una red de pesca y el efecto que causaba era demoledor.

Tenía una piel tostada por el sol, cálida y suave, con brillos opacos. Su boca era una herida en pleno rostro que pedía a gritos que alguien la restañara. Su busto acusaba una violenta respiración, fruto de la indignación que le causaba mi presencia.

—¿No vas a invitarme a entrar? —indagué humildemente.

—¡Ni lo sueñes! Voy a darte con la puerta en las narices ahora mismo.

Hizo ademán de cumplir ese propósito. Me apresuré a decir:

—Si lo haces, cerrarás también la puerta a la oportunidad de tu vida. Vas a protagonizar una película, ¿sabes?

Detuvo la acción a la mitad.

—¿Qué historia es ésa?

—Solomon va a hacerte una prueba. He hablado de ti con él y le he convencido. Debo llevarte conmigo mañana por la mañana.

Sus ojos relampaguearon. Se irguió un poco, aspirando hondo. La bata, o lo que fuera que la cubría, aumentó de volumen en el lugar preciso.

—Ben, si eso es una maldita excusa para que te deje entrar...

—Tómalo como quieras. Hay una legión de chicas en Hollywood esperando una oportunidad semejante.

Dudó un buen rato. Saqué un cigarrillo y lo encendí. Dije:

—No voy a pasarme la noche ante tu puerta, cariño. ¿Qué decides?

Acabó de abrir la puerta.

—Entra y háblame de eso, Ben... Tal vez haya sido injusta contigo.

—¡Claro que has sido injusta!

Pasé junto a ella. Al rozarla, una oleada de suave perfume me envolvió como una nube.

Ella cerró la puerta y se volvió de cara a mí. Lo hizo un tanto precipitadamente, con lo cual aquella especie de mosquitera que llevaba puesta revoloteó, abriéndose más de la cuenta. Mis ideas empezaron a confundirse ante el espectáculo.

—Sírvete un trago, amor —dijo dulcemente—. Ya sabes dónde están las botellas.

—¿Y para ti?

—No quiero beber. ¿No te he dicho que ya estaba en la cama?

—Puedes volver a ella cuando quieras, Maude —dijo cortésmente—. Lo que tengo que decirte puedes oírlo en posición horizontal, ¿sabes?

—Ben, te conozco. Hablaremos aquí, en la salita. Bueno, ¿quieres un trago o no?

—Por supuesto.

Mientras estaba preparando el vaso con hielo, ella se impacientó.

—Háblame de esa prueba, Ben..., no esperes que tenga que

sacarte las palabras con un sacacorchos.

—Espera un minuto, nena, necesito esta medicina para recobrar la calma. Cada vez que te veo pierdo el aliento, ya lo sabes.

—Hasta en eso eres mentiroso... Eres incapaz de apreciar «adecuadamente» la belleza de una mujer.

Me volví en redondo. Sus traviosos ojos reían al enfrentarse conmigo, pero no me fijé precisamente en ellos entonces, entre otras razones porque había muchos otros atractivos, rotundos y altivos, que admirar.

Se me antojó que la bata había empequeñecido por su parte delantera y central.

—Ahora, nena, guarda silencio y escucha a papaíto —le dije, sentándome a su lado sin abandonar el vaso.

No perdí más tiempo que el estrictamente necesario para contarle lo que había sucedido con Elaine Miller y el libro La diosa de fuego. También le detallé mi conversación con el «Hombre Grande» palabra por palabra, incluyendo la descripción que hiciera de ella.

Palmoteo, llena de entusiasmo.

—¡Ben! —estalló—. ¡Eso es maravilloso!

—Te convertiré en «estrella», muñeca. Haré que subas tan alto que tengas que ponerte paracaídas cada vez que quieras pisar tierra firme.

—Ben..., ¿de veras crees que soy como me has descrito a Solomon?

Engullí casi todo el contenido del vaso. Dejé éste y le rodeé la cintura con mi brazo.

—¡Pues claro que sí! ¿Es que no tienes espejos en esta casa?

—No los necesito...

—Eso es cierto.

—La pobre Elaine —exclamó de pronto—. ¿Quién ha podido odiarla hasta ese extremo, querido?

—No lo sé. El maldito sargento cree que ese alguien soy yo.

—¡Tú! Pero si eres incapaz de hacerle daño a nadie...

Su voz había descendido hasta convertirse en un leve susurro.

La atraje suavemente hacia mí. Ella se resistió débilmente unos segundos.

—Ben —protestó—. Debo pensar en esa prueba de mañana...

—¿Y qué es lo que estamos haciendo? Voy a darte instrucciones.

—Te conozco, cariño...

Sus palabras murieron cuando aplasté sus labios bajo los míos. La estreché en un abrazo que la inmovilizaba, mientras el beso crecía y crecía...

Bien, era una clase de beso de los que uno no habla jamás, sólo sueña con ellos. Sus brazos subieron lentamente hasta enlazarse sobre mi nuca, cerrándose como un cepo.

Me dejé aprisionar, naturalmente.

Cuando se separó un poco, jadeante, sus ojos eran simas en las que uno deseaba hundirse para siempre jamás. Sus labios temblaban, rojos y húmedos.

—Ben —susurró—. ¿Crees que serviré?

—No me cabe la menor duda.

Se estremeció de excitación. Luego, volvimos a besarnos y ya ni ella ni yo hablamos más de la prueba cinematográfica del día siguiente.

Quizá porque lo único que nos preocupaba era el más rabioso presente, el instante en que vivíamos.

La mañana siguiente estaba todavía muy lejos.

CAPÍTULO V

Desperté con un espantoso dolor de cabeza. Completamente aturdido, abrí los ojos y los fijé en el techo color crema que había sobré mí. No era el de mi apartamento, por supuesto.

Descubrí que estaba tendido en un diván, cubierto con una manta. Recordé que aquél era el nido de Maude, y otros recuerdos se agolparon en mi mente, despejado en parte el dolor que me había despertado.

El suave, sutil perfume de la muchacha flotaba en el ambiente. Todo evocaba su presencia.

Me levante a regañadientes. Recorrí todo el apartamento en su busca, pero Maude había desaparecido. La revuelta cama de su dormitorio estaba vacía. Aquella mosquitera transparente que había llevado la noche anterior aparecía tirada sobre la alfombra como una nube que hubiera caído a la tierra.

Entré en la cocina y me entretuve preparando café en abundancia. Confeccioné un desayuno a base de huevos. Terminaba de comer cuando ella llegó, con un peinado radiante y una expresión fresca y rebosante de vitalidad.

—Me avergüenzas —confesé—. ¿A qué endiablada hora te has levantado?

—Tenía que ir a la peluquería..., arreglarme un poco para la entrevista con Alvin Solomon. He aprovechado para que me dieran una sesión de masaje...

—De eso podía haberme encargado yo, nena...

Hizo una mueca en lugar de responderme. Dejó el bolso sobre la mesa, y con él un par de periódicos.

—Hablan de ti, amor —comentó—. Un guionista famoso descubre el cuerpo desnudo de una estrella asesinada. Ya conoces el

estilo.

—Seguro. Eso es lo que me preocupa.

Tomé los periódicos y di un vistazo a los titulares. Mi nombre aparecía en letras gigantes. Era una clase de publicidad que no me gustaba en absoluto.

Los arrojé a un lado, disgustado. Maude había entrado en su habitación, y entonces reapareció, dispuesta para salir. Estaba impaciente para su gran oportunidad.

De modo que todo lo que conseguí aquella mañana fue un largo beso que me devolvió parte de la confianza en mí mismo.

Una hora más tarde estábamos en presencia de Alvin Solomon. El «ogro» enarcó las cejas cuando fijó la mirada en Maude. La estudió lenta y concienzudamente, y a medida que transcurrían los segundos sus ojillos relucían con más intensidad. No cabía duda que estaba impresionado.

—Le dije que era una muchacha espectacular —le recordé—. En realidad, puede comprobar que es mucho más que eso.

Gruñó por lo bajo.

—Ande hasta la ventana y vuelva —ordeno.

Ella se movió con su gracia felina. Si Elaine Miller había sido una pantera, Maude podría pasar por un tigre hembra en plan de caza.

—Bien, haremos la prueba —decidió el «Hombre Grande»—. Si resulta satisfactoria, hablaremos de lo demás. Entre otras cosas, del guión que espero ver escrito alguna vez... ¡Ballinger!

Dejé de contemplar el ondulante movimiento de Maude y di un respinga.

—¿Sí?

—¡Maldita sea! Deje de devorarla con los ojos y lárguese. Busque un ejemplar de *La diosa de juego* y póngase a trabajar de una condenada vez.

—Seguro, ahora mismo... Trátela bien. Todavía no tiene mucha experiencia.

—Aprenderá.

—Eso me temo —dije.

Salí del despacho no muy seguro de cuándo podría volver a tener a la muchacha entre mis brazos. La maquinaria de Hollywood es capaz de demoler y convertir en polvo las más duras rocas. ¿Qué

no podrá hacer con una muchacha dulce, apasionada y sugestiva?

Tenía otra cita aquella mañana. Jamás he sido puntual por las mañanas, y no creí necesario variar esa costumbre con la policía, de modo que me encaminé a mi apartamento, donde me obsequié con una larga ducha, un no menos largo trago y, tras estos preliminares, me vestí con ropa limpia. Me dije que al mismo tiempo que acudía a la Jefatura, podía aprovechar para comprar un ejemplar de aquel maldito libro.

Así que me dispuse a salir, con te firme decisión de ponerme a trabajar cuanto antes en el guión.

Justo en aquel momento llamaron a la puerta. Acabé de anudarme la corbata y abrí.

Una especie de montaña con traje marrón se desplazó, entrando resueltamente.

—Cierre la puerta, muchacho —ordenó con una voz como el chirrido de una sierra.

Obedecí maquinalmente. El tipo miró a su alrededor.

—De modo que guionista —refunfuñó—. Debe ganar montones de dinero para estar instalado así, ¿eh?

—Pregúntele a los recaudadores de impuestos. ¿Quién demonios es usted?

—Llámeme Tucci. Unger Tucci.

—¿He de sacarle todo con fórceps? Ahora cuénteme qué ha venido a hacer aquí y después lárguese. Tengo mucho trabajo esta mañana.

—El patrón quiere verle. Póngase la chaqueta. Tengo un coche abajo.

—¿El patrón? Oiga, si cree que voy a...

—Va a venir conmigo. El patrón lo ha dicho muy claro, ¿sabe? Ha dicho: «Unger, ve y trae a ese chico. Quiero hablar con él». Lo de chico iba por usted. De modo que voy a llevarlo con el patrón ahora mismo.

Era absurdo. Pero el fulano medía más de seis pies, tenía unos hombros con la anchura de un estadio olímpico y una cara de bruto que daban ganas de llorar. Aposté conmigo mismo que, además de todo eso, llevaba una pistola en alguna parte.

—¿Quién es el patrón? —inquirí para ganar tiempo.

—¿No se lo he dicho? Por supuesto que no... Bien, la gente le

conoce por Milton Orkin.

El corazón me dio un vuelco. Había oído muchas historias de Orkin, el más grande tahúr de cuantos operaban en el Strip, donde poseía dos *cabarets*, tres o cuatro salas de juegos prohibidos y un par de garitos de desnudistas.

Total, uno de los más influyentes gangsters, de éstos a los que las guías turísticas no mencionan al hablar de las celebridades de Hollywood.

Sólo que yo no había tenido nunca el menor trato con él. Así es que dije, tranquilizándome:

—Debe haber un error, amigo. El ni siquiera me conoce.

—Seguro, pero quiere conocerle. Bueno, no perdamos tiempo, ¿eh? No le gusta esperar.

—¡Pero tengo una cita esta mañana! —Estalle—. Coa la policía precisamente.

—¡No me diga! El patrón también ha pensado que la tendría usted. Ha dicho: «Unger, ese chico tendrá dificultades con los polizontes. Ese chico no tiene experiencia y no sabe cuándo debe callar. Tráelo aquí para que podamos aleccionarlo». Eso ha dicho, ni más ni menos. Lo de chico iba por usted, ¿sabe?

—Ya veo...

El mismo tomó la chaqueta y me la tendió.

—Póngasela. Nos vamos.

Nos fuimos, por supuesto.

Tenía un coche ante el portal, justo delante de una boca de incendios. El guardia, desde el otro lado de la calle, nos miró marchar sin haberse apercebido de la transgresión.

—Escúcheme —intenté—. No sé nada de lo que su jefe quiere tratar conmigo. ¿Por qué no me dice qué asunto es ése tan importante?

—No me pregunte a mí. Yo no sé nada. Nunca sé nada. Sólo lo que el patrón me dice.

—Un matarife discreto —refunfuñé.

Me miró por el rabillo del ojo, pero no se ofendió en absoluto al oírse llamar matarife.

Era un tipo consecuente después de todo.

CAPÍTULO VI

Tuve una sorpresa al ver a Milton Orkin. Había imaginado que sería un individuo zafio y brutal, teniendo en cuenta lo que se contaba de él, más no era así.

Alto y delgado, poseía auténtica distinción. Tenía el aspecto de un universitario que hubiera practicado mucho deporte al aire libre.

En todo caso, lo único que desmentía su expresión de persona agradable y correcta eran sus ojos, inexpresivos, grises y fríos como los de un pez.

Estaba sentado en una butaca, en su residencia de Duncan Heits. Llevaba un pantalón blanco de deporte y una camisa de manga corta también blanca. Encajaba perfectamente en la alegre decoración de aquella casa.

—Siéntese, muchacho —dijo cordialmente—. Espero que Unger no haya tenido que emplear ninguna violencia para traerlo aquí.

—Déjese de cumplidos sociales. ¿Qué demonios significa eso de mandar a ese mastodonte para que me traiga poco menos que en volandas? Que yo sepa, usted y yo no tenemos nada que tratar.

—En eso se equivoca —repuso con la misma calma—. Quiero hablar con usted, y cuando quiero hablar con alguien nunca me molesto en desplazarme. Unger se encarga de los «trámites» para la visita.

—Todavía no me ha dicho nada.

El ladeó la cabeza displicentemente.

—Puedes esperar fuera, Unger.

El gigante asintió con un gruñido y abandonó la estancia. Al quedar solos, Orkin sonrió.

—Hay cosas —dijo—, que ni siquiera Unger puede asimilar. Su mentalidad es roma.

Le miré desconcertado.

—¿Qué está tratando de decirme, si realmente tiene algo que decirme?

Siguió sonriendo. Encendió un cigarrillo. Luego, sin mirarme apenas, me espetó:

—¿Qué había entre Elaine y usted?

Di un respingo.

—¿Se refiere a Elaine Miller?

—Por supuesto.

Lo pensé un poco. Las ideas que empezaron a bullir en mi mente no tuvieron nada de agradables, pero decidí que era necesario conocer mejor el terreno que pisaba antes de seguir adelante.

—Primero —dije—, explíqueme a qué obedece su interés. ¿De dónde ha sacado que yo y Elaine...?

—Usted la encontró. Entró en su casa, por lo que imagino que tendría una llave de la puerta. Ella no era mujer capaz de recibir visitas de desconocidos, y menos de noche. Vamos, vamos, Ballinger, no me crea un ingenuo.

—Supongamos por un momento que yo tuviera una llave. Y sigamos suponiendo que entre ella y yo había un romance. ¿Qué infiernos le importa a usted?

Sacudió la cabeza, como si me tuviera lástima. Me desconcertaba el tipo.

—Mire, Ballinger, aquí sólo yo hago preguntas. Además, quiero respuestas. Tengo buenos motivos para interesarme por Elaine y usted, motivos que no le importan en absoluto. Y ahora, hable. No me gustaría emplear la violencia con un tipo como usted.

—Muy considerado de su parte —refunfuñé, estremeciéndome al pensar en el gigante que esperaba fuera—. Pero está totalmente equivocado. Acudí a casa de Elaine para tratar de un guión cinematográfico.

Suspiró. Comenzaba a impacientarse.

—¿Acostumbra tratar de sus guiones con las «estrellas», en sus domicilios, y de noche?

—Cualquier hora es buena, si le han ordenado a uno hacerla. Por lo demás, ésa es la verdad, tómela o déjela.

—Usted conocía bien a Elaine...

—No tan bien como me habría gustado.

Enarcó las cejas.

—Me sorprende... ¿Le habló ella alguna vez de mí?

Esta vez el que dio un salto fui yo.

—¿Debiera haberme hablado acaso?

—Así no vamos a ninguna parte, muchacho. ¡Unger!

El gorila entró. El suelo retemblaba a cada paso de aquella mole.

Orkin aplastó la punta del cigarrillo en el cenicero.

—Tendremos que convencer a nuestro amigo que le conviene ser sincero con nosotros, Unger —dijo, como si eso le doliera profundamente.

Unger se encogió de hombros.

—Lástima —gruñó.

—¡Eh, espere un minuto! —exclamé, levantándome—. No sé qué maldito negocio se traen entre manos, pero Elaine jamás me habló de usted. Ni siquiera tenía idea de que la conociera. ¿Por qué todo esta demostración?

—Ella me conocía... y muy bien, diría yo. Además, había una fotografía en la casa en la cual estábamos Elaine y yo, en una playa. Esa foto ha desaparecido.

Navegaba en un mar de confusión.

—No vi nunca semejante fotografía —dije—. ¿Por qué no me cree, maldita sea? Aquélla fue la primera vez que fui a su casa para tratar de un guión. Puede comprobarlo si quiere... ¿Qué importancia tiene esa fotografía? Ella tendría docenas de fotografías con hombres...

Por primera vez, sus ojos cobraron vida. Relampaguearon un instante, para apagarse al momento.

—Limítese a responder. La fotografía solía estar sobre la mesita de noche empotrada a un lado de la cama. ¿La vio usted cuando estuvo allí?

—No.

—Piénselo bien. ¿Tal vez se la llevó?

—¿Por qué tenía que hacer una cosa tan idiota? No vi ninguna fotografía. Tampoco me la llevé.

Rezongó por lo bajo. Me di cuenta que empezaba a creermelo, pero era un tipo desconfiado y todavía esperaba sorprenderme en alguna contradicción.

—Hábleme de ese guión que debía planear en compañía de

Elaine.

—¿También se interesa usted por el guión? Alguien debe haberse vuelto loco. La idea había partido de Elaine. Era una película a su medida y ella tenía algunas ideas que quería discutir con el guionista.

—¿Es corriente que un guión se planee de ese modo?

—Por supuesto que no, pero éste era un caso especial. La idea, tal como le digo, había partido de Elaine, y el productor estaba entusiasmado, de modo que me mandó a verla. Es así de sencillo.

—¿Cómo debía titularse esa película?

—No lo sé. Pero el libro de donde había partido la idea inicial tiene un título que encandiló a Elaine: *La diosa de fuego*.

Se enderezó repentinamente.

—¿Está seguro?

—¿Cree que puedo equivocarme en una cosa como ésta?

—Comprendo... y ahora sé que dice usted la verdad, muchacho. Yo la vi leyendo ese maldito libro infinidad de veces... y eso me recuerda otra cosa —exclamó, volviéndose hacia el gigante—. ¿No viste un libro, Unger?

—¿Quiere decir que Unger estuvo en la casa de Elaine?

—Seguro, tan pronto como la policía se largó de allí. Le mandé a buscar mi fotografía.

—¿No pensó que podía habérsela llevado la policía?

—Claro que lo pensé, pero en ese caso ya me habríais visitado. No son tontos. Estoy seguro que ellos no la encontraron.

—Ya veo... Y Unger no encontró la foto, ¿eh?

—No..., pero ese libro... ¿Lo encontraste, Unger?

El gorila sacudió la cabeza.

—Usted no me dijo que buscara un libro, patrón —balbució—. Yo busqué una fotografía.

—No, claro, no te dije que buscaras un libro... y tu mentalidad es... Dejémoslo —gruñó—. Vas a volver allí, maldito saco de músculos.

—Puede ahorrarse el viaje —le espeté—. No encontrará el libro.

—¿Cómo puede estar seguro?

—Desapareció estando yo allí.

Respingó. Estaba cada vez más sorprendido.

—Explíqueme eso.

Le conté lo sucedido cuando me tumbaron, remallando mi historia con una pregunta:

—¿Por qué le interesa repentinamente ese libro?

—Porque Elaine tenía la maldita costumbre de utilizar cualquier cosa para señalar las páginas que estaba leyendo, y casi estoy por creer que era mi fotografía la que empleaba últimamente...

Respiré profundamente... Yo también empezaba a comprender.

—Entonces, alguien se la llevó junto con el libro —dije—. Lo que me gustaría saber es con qué objeto lo hizo...

—Eso va a traerme más preocupaciones que todos mis negocios juntos —rezongó por lo bajo—. Sea quien sea que se la llevó, lo hizo con un propósito determinado... y creo que puedo adivinar qué propósito le guió.

—¿Comprometerle a usted?

—Justamente. Y si es así voy a tener que espabilarme, y pronto. Unger le devolverá al centro, Ballinger. Ya no tenemos nada más que discutir usted y yo.

Me levanté, estupefacto.

—Orkin, no sé qué ocultos propósitos le han llevado a representar esta escena —dije, indignado por su manera de tratarme—. Pero sean los que sean, si alguna vez se me presenta la oportunidad de devolverle el mal rato lo haré.

—Olvídelo. Y cuando hable con la policía no se le ocurra mencionar tampoco esta entrevista... ni nada que haga referencia a mí. Y ahora, váyase. Tengo mucho que hacer.

Unger me dio unos golpecitos en el hombro, indicándome que saliera de la estancia. Dudé unos segundos, pero Orkin ya ni siquiera me prestaba atención, de modo que me encaminé a la puerta completamente desconcertado.

Volví a instalarme en el coche y el gigante lo manejó descuidadamente rumbo al lugar de donde me había arrancado. No obstante, le ordené:

—Esta vez, Unger, lléveme a la Jefatura de Policía.

Ladeó la cabeza. Hizo una mueca de disgusto.

—¿Va a ponerse desagradable, chico? Al patrón no le gustará que abra usted la boca con los polizontes.

—Tengo una cita con el oficial encargado del caso. Se ha retrasado gracias a ustedes dos. Y no estoy muy seguro de que no

hable de esto. No me han tratado muy bien, que digamos.

—¡Pero si ni siquiera le he golpeado! —se asombró—. Por lo general, suelo «convencer» a los tipos que el patrón interroga. No tiene usted queja alguna..., ha sido una visita..., ¿cómo se dice? Una visita social. ¿Conforme?

—¡Al demonio! Lléveme a la Jefatura.

No replicó, pero durante el resto del trayecto permaneció enfurruñado.

Llegué a la cita con el teniente Herrick con evidente retraso.

CAPÍTULO VII

Todo lo que Mee en la Jefatura fue firmar una declaración con sus correspondientes copias, en la que repetí una vez más la historia de mi visita a casa de Elaine Miller. Pude escabullirme pronto porque el teniente Herrick estaba ausente y nadie mostró ningún interés en formularme más preguntas.

De modo que tras ese trámite, busqué una librería, compré un ejemplar de *La diosa de fuego* y fui a encerrarme en mi apartamento.

Preparé una botella para tenerla al alcance de la mano, dispuse un paquete de cigarrillos y me enfrasqué en la lectura de lo que debía convertirse en guión.

Bueno, no terminé el tormento hasta las cinco de la tarde. Aquello era una monstruosidad erótica sin paliativo alguno. Si debía extraer un guión de aquel mamotreto estaba dispuesto a apostar conmigo mismo a que la película sería quemada antes de su estreno.

En consecuencia, tomé el teléfono y llamé al «Hombre Grande».

Esta vez no le di tiempo a gruñir. Le espeté:

—¿Ha leído usted *La diosa de fuego*?

—Naturalmente. Cuando Elaine me habló de...

—¿Y cree que puede realizarse una película con esta basura?

—Es una obra francamente inmoral, casi pornográfica. ¿Usted supone que es posible extraer un guión sin que después le peguen fuego a la cinta?

—¿Qué clase de guionista es usted, Ballinger? Deje la moral a un lado y escriba ese condenado guión. Lo demás corre de mi cuenta. A menos, claro está, que prefiera dejar ese trabajo para otro guionista.

—Celebraría mucho poder responderle que eso es lo que me gustaría hacer, pero tengo el vicio de comer todos los días, aparte

de otras bagatelas. Haré ese guión, por supuesto.

—¿Cuándo lo tendrá listo?

—¿Qué tiempo me da?

—El primer tratamiento debería estar a punto de estudio en una semana. ¿Cree que podrá resistir semejante esfuerzo, muchacho?

—Lo intentaré —dije, sin prestar atención a su mordaz sarcasmo

—. Otra cosa. ¿Ha hecho la prueba con Maude?

—Sí. Y ya he visto el resultado. Aceptable.

Estuve a punto de lanzar un grito de entusiasmo. Me contuve y sólo pregunté:

—¿Lo sabe ella?

—Naturalmente. Está en nuestro departamento de publicidad. Es necesario «fabricarle» una historia, un «descubrimiento», y buscarle un nombre artístico. Presumo que va a estar muy ocupada durante la próxima semana... lo cual será conveniente para su trabajo, Ballinger. Ponga manos a la obra.

—Está bien, usted gana —dije con desaliento—. ¿Quién va a dirigir esa monstruosidad?

—Nelson Manning. Va a tener que cambiar impresiones con él, por eso sólo cuando tenga el primer tratamiento hecho como base de trabajo.

—¿El también ha leído el libro?

—Por supuesto.

—Me rindo —confesé—. Empiezo a pensar que alguien debiera haber matado a la Miller antes que engendrara esa idea... ¡Está bien, ya cuelgo! —exclamé al oír sus gritos.

De modo que no había escapatoria, así que me puse a trabajar rápido. A primera hora de la noche llamé a Maude por teléfono, pero no conseguí comunicación. La maquinaria se había puesto en marcha.

Eran las diez cuando llamaron a la puerta. Abandoné la máquina de escribir con gran alivio.

El teniente Herrick entró pausadamente, miró a su alrededor y chascó la lengua admirativamente.

—Está usted muy bien instalado, Ballinger. Pienso que yo equivoqué la carrera.

—No hablaría así si supiera mis desventuras... Pero no es de eso de lo que ha venido a hablarme. ¿Hay algo nuevo en el caso?

—Tengo algunas cosas de que tratar con usted.

—¿Le apetece un trago?

—Estoy de servicio.

—Entonces, le apetece.

Preparé dos vasos. El no despegó los labios hasta que tuvo el suyo en la mano.

—He leído su declaración. ¿Está seguro de la hora de llegada a la casa de la víctima?

—Todo lo seguro que puede ser un dato aproximado. No miré el reloj.

—Bien, sabemos que media hora antes que usted, alguien llegó a la casa. Presumiblemente el asesino...

—¿Cómo han podido averiguarlo?

—Por el policía de ronda. Vio un coche aparcado ante la verja. El auto estaba vacío, pero el capó despedía calor. Sólo hacía unos minutos que había llegado. Los policías, en esos barrios residenciales, son muy meticulosos.

—¿No se le ocurrió leer la patente para saber a quién pertenecía?

—Desgraciadamente, no. El guardia estaba enterado de las visitas secretas de la Miller, de sus líos amorosos, de modo que pensó que era alguno de sus «admiradores», para llamarlos de alguna manera.

—Ya veo..., pero cuando yo llegué, el auto había desaparecido. No había ninguno allí, y, sin embargo, el asesino todavía estaba en la casa, puesto que me golpeó.

Asintió con un gesto.

—Ya he pensado en eso... Tal vez escondió el auto o lo aparcó a cierta distancia. ¿No vio ninguno por las cercanías cuando llegó?

—No me fijé, pero supongo que habría algún coche a la vista. La calle es habitada, teniente.

—Seguro, pero por regla general, son residencias aisladas y los coches los guardan en sus garajes privados. En fin, dejemos eso. ¿Qué asunto le ha llevado a ver a Orkin esta mañana?

Di tal respingo que el vaso escapó de entre mis dedos. Los restos del *whisky* se esparcieron por la alfombra.

—Tómelo con calma —rezongó el polizonte—. Sé que el gorila amaestrado de Orkin ha venido a buscarle, de modo que no trate de

negarlo.

—Eso es tanto como admitir que me tiene usted vigilado.

—Naturalmente. Usted sigue siendo un sospechoso.

—Ya veo.

—¿Qué me dice de Orkin?

Lo pensé con cuidado. Sabía que el tahúr podía llegar a ser un mal enemigo si le comprometía. Pero también el teniente era muy capaz de proporcionarme infinidad de quebraderos de cabeza si se lo proponía.

—Mire —dije—, vaya a ver a Orkin y pregúntele a él. El asunto no tenía nada que ver con el asesinato de Elaine Miller.

—Deje que sea yo quien decida lo que tiene relación con eso o no. Límitese a contestar.

—No creo que tenga usted atribuciones para interrogarme sobre mis asuntos privados, teniente.

Suspiró. Apuró el resto de licor y abandonó el vaso sobre la mesa, mirándome sin demasiado enojo.

—Quizá el saber algunas cosas le ayude a ser más asequible, Ballinger —resopló entre dientes—. Apuesto que Orkin quería hablar con usted de Elaine Miller... porque él la conocía muy bien.

De nuevo me sorprendió.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Porque era uno de sus visitantes más asiduos. Porque ella había acompañado a Orkin a la residencia de éste en más de una ocasión..., era un secreto a voces, si puedo expresarlo así. Por supuesto, ellos trataban de mantener secretas sus relaciones y es fácil comprender la razón. A ninguna «estrella» le interesa que las revistas de chismes la relacionen con un conocido gángster, por muy refinado que éste sea.

—Ya veo.

—¿Qué quería Orkin? —insistió.

—Una fotografía —dije, sabiendo que ya era inútil continuar resistiéndome.

—¿Una foto? No lo entiendo.

—Elaine tenía una en la que aparecía en compañía de Orkin, en una playa. Esa foto desapareció. El cree que Elaine utilizaba la foto para señalar el punto en el libro que estaba leyendo..., el mismo que desapareció después que me tumbaron.

—Comprendo..., eso casi disipa las sospechas sobre él...

—Lamento mucho que mi declaración sirva para ayudar a ese bastardo. Me ha proporcionado un buen susto, lo crea usted o no.

Sonrió como un conejo.

—Lo creo —dijo—. ¿Cómo sabe Orkin que la foto desapareció?

—Porque mandó a su gorila a buscarla tan pronto se fueron ustedes. No la encontró.

—Pudimos encontrarla nosotros.

—El supone que en ese caso le habría interrogado inmediatamente.

—No le falta razón... Una última pregunta: ¿conocía usted al sargento Logan antes de anoche?

—Nunca le había visto, ni él a mí. ¿Por qué?

Se encogió de hombros. Advertí que algo le preocupaba.

—Él está convencido que usted mató a la Miller, firmemente convencido...

—Sí, ya me lo dijo. Me expresó su antipatía con mi puñetazo en la barriga.

—De modo que eso hizo, ¿eh?

—Me dejó flotando. No lo comprendo, teniente, pero ese hombre debe estar loco.

—¿Loco? No, en absoluto...

Se levantó. Por primera vez advertí que estaba cansado, aunque él trataba de disimularlo. Me tendió la mano, se la estreché y él se despidió.

Cuando cerré la puerta comencé a pensar con calma en la entrevista. Lo que más me chocaba de ella era la preocupación que el teniente demostraba..., preocupación agudizada en un punto.

Ya no volví a trabajar en el guión aquella noche.

CAPÍTULO VIII

El teléfono me despertó a una hora francamente inmoral. Eran apenas las nueve de la mañana, de modo que cuando lo descolgué no estaba de mi mejor humor todavía.

—¡Habla Balinger! —grité destemplado—. ¿Qué demonios pasa?

—Alguien debería enseñarle modales —gruñó Alvin Solomon, y su voz retembló en mi oído—. Venga a mi despacho inmediatamente.

—Pero si ya estoy trabajando en el guión, palabra...

—¡Olvídese del guión y venga aquí!

Colgó furiosamente.

Bostecé, me duché, desayuné sin apetito y encendí el primer cigarrillo del día. Tras este acostumbrado ceremonial, anduve en busca del coche y emprendí el viaje a los estudios preguntándome qué nueva idea se le habría ocurrido al viejo «ogro» vociferante.

Cuando llegué ante su secretaria comprobé que seguía usando el jersey dos tallas más pequeño, aunque se trataba de otro ejemplar de un color rojo brillante.

—Demonios, dulzura, no comprendo cómo el viejo no te ha despedido ya... ¿O él no padece del corazón?

Me examinó como si tratara de descubrir ocultas cicatrices. Después susurró:

—¿La mataste tú, Ben?

—Seguro. No me gustó el color de su ropa interior y tuve que hacerlo. ¿De dónde has sacado esa idea?

—Bueno, fue casual que muriera justo cuando iba a tener su primera cita contigo.

—Siempre he sido un hombre afortunado. Excepto cuando he tratado de llegar a alguna parte contigo, por supuesto. Y ahora

anúnciame al jefazo. Quiere verme.

—Ya lo sé. Por lo menos ha preguntado diez veces si habías llegado...

Habló por el interfono. Cuando estaba oyendo el vozarrón del «Hombre Grande de Hollywood», yo ya abría la puerta.

Alvin Solomon dejó de vociferar por el aparato y me miró.

—De modo que al fin ha encontrado el camino de esta oficina, Ballinger..., debe estar extenuado por el esfuerzo. Venga, acérquese.

Había dos hombres más en el despacho. Uno era Nelson Manning. Al otro no lo conocía, pero se trataba de un individuo joven, de cara pálida y ascética, grandes ojos oscuros rodeados de círculos amoratados, como si estuviera muy cansado, o soñoliento. Era un rostro aniñado e interesante, coronado por un matorral de revueltos cabellos negros.

El productor gruñó:

—Ya conoce a Manning. Éste es Jay Nutting.

De momento, el nombre no me dijo nada. El añadió, dirigiéndose a Nutting:

—Le presento a Ben Ballinger, el guionista encargado de convertir su libro en un film de éxito...

Entonces caí en la cuenta de que aquél era el autor de la monstruosidad en forma de libro.

El aludido se levantó. Era más alto de lo que parecía. Delgado, tenía una agilidad de movimientos casi sorprendente. Al hablar, movía unas manos largas y pálidas.

—Ya le he dicho que no va a hacerse ese guión, señor Solomon —dijo con voz monótona.

Enarqué las cejas. Con aquello no había contado.

—No creo que haya meditado su decisión, muchacho —rezongó Solomon, haciendo esfuerzos para controlarse—. Nadie rechaza una fortuna en concepto de derechos sólo por un estúpido motivo sentimental.

—No es un motivo estúpido. Además, no quiero discutir mis razones.

—Un momento —intervine—. Que alguien me aclare eso... ¿No se realizará la película?

—No —replicó Nutting.

—Sí —afirmó Solomon—. Es una decisión forzada por los

acontecimientos. Cuando reflexione verá las cosas de distinta manera.

—Pero ¿por qué se niega a que se haga la película?

Jay Nutting me miró con sus grandes ojos oscuros. Se me antojó un rostro atormentado en aquellos momentos.

—Porque yo había deseado realizar la película... sólo si era Elaine Miller quien la protagonizaba.

—Bueno, pero...

—No quiero saber nada de esto —insistió—. No había firmado ningún contrato todavía, así qué no pueden obligarme. Nadie ocupará el puesto de Elaine...

—Pero, vamos a ver, ¿alguien se ha vuelto loco esta mañana?

El vozarrón del productor repercutió entre las paredes como un trueno. Añadió:

—Usted aceptó el trato verbalmente, mientras se redactaba el contrato legal, contrato que ya está dispuesto para la firma. Hemos invertido dinero en ese proyecto... ¿Va a pagarnos usted ese dinero acaso, Nutting?

—No tengo dinero... todavía no he cobrado el porcentaje por las ventas del libro. Pero...

—Escuche —intervine—. No se trata de que pague o no. Se trata de sus motivos para una negativa semejante. Elaine no era ninguna eminencia como actriz y todos lo sabemos. Otra puede ocupar su puesto si tiene suficientes encantos físicos para...

El tipo dio un salto hacia mí. Sus manos, semejantes a garras, me sujetaron por las solapas e intentó sacudirme presa de un frenesí incomprensible.

—¡Deje de hablar de Elaine, estúpido! —aulló—. Ella era única, ¿entiende? ¡Única!

Le di un empujón y salió dando tumbos hasta que aterrizó en la butaca.

—¿Qué infiernos le pasa? —rezongué—. ¿Se ha vuelto loco?

Nelson Manning gruñó entre dientes:

—Estaba enamorado de Elaine, ni más ni menos.

—¿Enamorado de...?

Se me extinguió la voz.

Manning añadió:

—La había idealizado. Para él era...

—¡Cállese!

Nutting volvió a levantarse. Sus ojos brillaban como llamas.

Solomon dio un puñetazo sobre la mesa, que estalló como una bomba.

—¡Basta ya! —gritó—. ¡Aquí dentro el único que chilla soy yo! ¡Usted, Nutting, siéntese y déjese de comportarse como un crío!

—Escuche...

—¡Siéntese!

El muchacho se mase los cabellos, pero se dejó caer sobre la butaca. Comencé a pensar que el brillo de sus ojos no obedecía solamente a la excitación del momento. Sus manos temblaban violentamente.

Entonces intervine de nuevo.

—Creo que debería usted darle un tiempo para serenarse —dije, encarándome con Solomon—. Está fuera de control.

—¡Oh, al demonio! Escúcheme, Nutting; no voy a desperdiciar un excelente negocio sólo porque usted crea que estuvo enamorado de una mujer ligera de cascos. ¡Cállese!

En realidad, el novelista sólo había abierto la boca. Volvió a cerrarla, estremeciéndose, y el productor añadió:

—Seguiremos adelante con el proyecto. Ya tengo la «estrella» para la película, le guste a usted o no. Y le advierto que si opone más dificultades le demandaré. Tengo testigos de que aceptó el trato verbalmente, y, suponiendo que la ley le diera la razón a usted, haría que no pudiera publicar ni un solo libro más en este país. Y usted sabe condenadamente bien que puedo hacerlo. ¿Lo ha comprendido de una vez por todas?

—Jamás firmaré ningún contrato.

Manning rezongó:

—Alguien debería retorcerle el pescuezo a ese imbécil. ¿Por qué no lo mandamos al infierno y seguimos adelante con otro guión semejante? A fin de cuentas, esa historia es pura basura.

Eso no le afectó en absoluto. Todo lo que no fuera meterse con la difunta Elaine le dejaba indiferente.

Solomon decidió:

—Seguiremos adelante con el guión. ¿Lo ha empezado usted ya, Ballinger?

—Sí, señor. Estoy trabajando en el tratamiento base.

—Cuando lo tenga listo discútalo con Manning.

El aludido asintió con un gruñido.

—Cuando salga de aquí iré a comprar un ejemplar. A menos que se haya agotado la edición —añadió con sarcasmo.

El «ogro» suspiró.

Luego quiso saber:

—¿Está dispuesto, a firmar el contrato, Nutting?

—No, yo...

—Pero, vamos a ver, ¿es posible que siga creyendo que Elaine era una inocente paloma? Yo podría darle una lista de sus amantes tan larga como mi brazo y todavía no estaría completa...

—¡Miente!

—Pero ¿de qué planeta ha descendido usted, hombre? Todo tipo que fuera apuesto, fuerte y musculoso tenía probabilidades con ella.

Nutting sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Ella era buena —susurró apenas sin voz—. Me dijo que iba a casarse conmigo... deseaba hacerlo porque estaba enamorada de mí. ¿Por qué cree que se interesó por mi libro? Quería que yo triunfara en Hollywood gracias a ella... porque me amaba.

Era asombroso, pero aquel tipo estaba seguro de lo que decía. No habría fuerza humana capaz de hacerle variar de criterio.

Solomon bufó. Manning dijo:

—No cabe duda que está chalado, Alvin. Mándalo al infierno de una vez.

—No; firmará el contrato, y si no lo hace, peor para él. ¿Sabes cuánto dinero llevo invertido en este proyecto?

—No quiero saberlo, es cosa tuya. Yo dirigiré la película, sea con el guión que sea, de modo que lo demás te corresponde resolverlo a ti.

—Lo resolveré —prometió Solomon, furioso—. Primero el dinero que se evaporó con la campaña dedicada a Elaine. Luego, los miles invertidos preparando la campaña publicitaria previa para el rodaje. Está todo a punto para una película con el título del libro... No voy a renunciar porque un estúpido sentimental crea que estaba enamorado de una pájara de linda carrocería. El cine es un negocio para mí, y en el negocio los sentimentalismos son un estorbo.

Me levaté. Por unos momentos había tenido la esperanza de librarme de la condena, pero al fin estaba claro que debía seguir

adelante con aquel crimen literario.

—Si eso es todo —dije—, me largo a seguir trabajando.

—Procure darse prisa, Ballinger. Tan pronto hayan estudiado el guión conjuntamente con Manning, podrá dedicarse a la versión definitiva.

Di un vistazo al abatido Nutting. Realmente, formaba una estampa patética. Y entonces se me ocurrió la idea.

—Oiga —exclamé—. ¿Cuándo vio a Elaine por última vez, amigo?

Se volvió como si le hubiera pinchado.

—¿Qué le importa? —barbotó.

—Estoy pensando que usted sería un sospechoso ideal, ¿sabe?

Palideció hasta la raíz de los cabellos. Solomon dio un salto que casi le colocó de pie. Manning se echó hacia adelante en su butaca.

El novelista jadeó como si le faltara el aire.

Y yo añadí:

—Mucho más sospechoso que yo, ¿no cree? Usted estaba loco por ella, enamorado como un colegial. Y al darse cuenta que Elaine le tomaba el pelo la mató. No quiso permitir que siguiera burlándose de usted...

—¿Yo... yo hacerle daño a Elaine? —gimió—. ¡Maldito sea, está loco! Yo... yo la amaba...

—¡Claro que la amaba! Por eso la mató, porque ella amaba divertirse con cualquiera que tuviera buen tipo...

Antes que pudiera comprender sus intenciones me descargó un puñetazo que me lanzó de espaldas. Nunca hubiera sospechado que tuviera tanta fuerza.

Frotándome el mentón quedé sentado en la alfombra. Nadie habló.

Sólo él dijo al cabo de unos instantes:

—Vuelva a repetir eso y le mataré, Ballinger.

—Estuvo a punto de hacerlo en casa de Elaine, ¿no?

Se lanzó sobre mí, pero yo estaba advertido esta vez.

Me dejé caer de espaldas y levantó las piernas. Pude cazarle con un puntapié doble en la barriga y voló materialmente hasta estrellarse contra la gran mesa de Solomon. Dio una voltereta por encima y cayó al fin sobre el productor. Éste se lo sacudió como si fuera un contacto repugnante, de modo que el muchacho aterrizó al

otro lado con un golpe que hizo retemblar las paredes.

Me levanté sin prisas. Los otros dos miraban al escritor como si estuvieran ante un fenómeno. Sin dirigirme la mirada en absoluto, Solomon comentó:

—Creo que ha dicho usted algo muy interesante, Ballinger..., muy interesante.

Manning avivó el fuego.

—Desde luego, eso tiene sentido. Un crimen por despecho...

Aturdido, Nutting se puso en pie con dificultad.

—Se han vuelto locos —machacó—. Completamente locos.

Solomon añadió:

—Sería una gran cosa que resultase usted el criminal, muchacho, porque apuesto a que sus herederos, si los tiene, no pondrían objeción alguna a firmar un contrato.

—¿Qué tienen que ver mis herederos con...?

—Seguro. Usted sería ejecutado sin la menor duda.

Se estremeció.

Manning empezó a reír sordamente.

—Desde luego, piensas en todo, Alvin —reconoció—. Quizá sería el momento de llamar a la policía y darles esa pista. —Soy un hombre de negocios— dijo Solomon con modestia. —¿Qué le parece eso, Nutting?

—Una infamia.

—Me refiero a informar a la policía solamente.

El escritor miró a su alrededor como un animal acorralado.

—No puede usted hacer eso —gimió.

—No veo por qué no. A menos que firme el contrato, por supuesto. Soy un hombre de negocios —repitió machaconamente—. Lo único que me interesa de este asunto es ganar dinero. Supongo que todo esto está claro para usted.

Esperé la reacción de Nutting con curiosidad. No me sorprendía la actitud del «Hombre Grande», porque, al igual que el resto del mundo, yo sabía la clase de bastardo despiadado que era, pero se me antojó que en esa ocasión estaba pasándose de rosca.

Jay Nutting susurró:

—Firmaré, maldito sea usted.

No se necesitó ceremonia alguna. Los contratos fueron puestos sobre la mesa, y a juzgar por la actitud del escritor, cuando estampó

su rúbrica lo hizo con el mismo entusiasmo con que hubiera firmado su propia pena de muerte.

Tras la firma, gruñó:

—Mándeme el cheque por correo.

Se dirigió a la puerta y abandonó el despacho.

Cuando hubo salido reinó un tenso silencio que se prolongó por espacio de un minuto.

Manning fue el primero en romperlo.

—Ese tipo está chiflado, Alvin —dijo—. Pero tú te has salido con la tuya.

—Siempre consigo lo que me propongo. ¿Tiene usted algo que objetar, Ballinger?

—¿Quién, yo? En absoluto. Sólo que si resulta que ese fulano es el asesino de Elaine, alguien debiera informar a la policía.

—Nadie sabe si lo es o no. Usted ha lanzado la idea, pero yo creía que solamente trataba de asustarlo para hacerle firmar.

—Ahora creo que es usted quien ha pedido la chaveta. ¿Cree de verdad que me importaba eso a mí?

Abrió la boca dispuesto a lanzarme sus denuestos. Afortunadamente, Manning intervino a tiempo para decir:

—Voy a comprar ese libro, Ballinger. Tan pronto lo haya leído me pondré en contacto con usted. ¿Conforme?

—Seguro. Espero que las náuseas no le torturen demasiado cuando lo lea...

Abrí la puerta y me largué. El rostro de Alvin Solomon estaba tan rojo como la sangre.

CAPÍTULO IX

Se abrió la puerta y ella apareció. Esta vez llevaba puestos unos *shorts* negros diminutos y una blusita corta que se anudaba sobre el estómago.

—¡Ben! —exclamó, echándome los brazos al cuello—. ¡Solomon va a contratarme!

Antes de replicarle preferí probar sus labios. Eran suaves y ardientes a un tiempo. Cerré la puerta con el pie y permanecimos un buen rato abrazados, hundiéndonos en una sima sin fin donde no había nada más que placer.

—¡Es maravilloso! —suspiró, apartándose.

—¿El beso?

—El contrato, tonto.

—Gracias... —rezongué, apartándome—. Me satisface tu desinterés emocional.

—Tonterías, amor. Te quiero y tú lo sabes. Pero también amo el éxito...

—Invierte el orden de los términos, nena. ¿Tienes algo para beber?

—Seguro. Siempre estás sediento... ¿Has hablado con Solomon?

—Puede decirse que hemos hablado esta mañana... no me lo recuerdes.

Preparé un vaso con hielo y le añadí *whisky* en abundancia. Fui a sentarme en una butaca y entonces descubrí un ejemplar del maldito libro sobre una mesita baja.

—¿Estás leyendo esa monstruosidad? —Gruñí.

—Es divertido. El señor Solomon quiere que lo lea para que me forme una idea de lo que será la película.

—Divertido... —gemí—. ¿A qué llamas tú divertido?

Vino hacia mí y se dejó caer sentada sobre el brazo de la butaca. Arrebatándome el vaso, bebió un sorbo y me lo devolvió.

—Te adoro —suspiró.

Apuré el vaso. Lo dejé al lado del libro.

—Demuéstramelo —dije.

Se dejó deslizar y la abracé.

Me lo demostró sin ningún género de duda.

* * *

—No sé dónde estará ahora, pero trataremos de encontrarlo.

Ella sacudió la cabeza.

—¿Y para qué quieres que lo haga venir aquí? No me conoce ni yo sé nada de él...

—Mira, preciosidad, tú límitate a engatusarlo lo suficiente para que venga disparado sin entretenerse a meditar. Lo demás correrá de mi cuenta. Ese tipo me intriga.

—Ben, eres un cínico despreciable. Creí que habías venido impaciente por hacerme el amor, y ahora resulta que quieres utilizarme de anzuelo para algo que ni siquiera comprendo.

—Hacerte el amor ha sido el motivo principal, nena, y tú lo sabes. Ahora nada me impide poner en práctica una idea que se me ocurrió mientras venía hacia aquí.

Consulté la guía telefónica. Había un Jay Nutting que vivía en Glendale. Marqué el número y aguardé.

La voz inconfundible del novelista surgió por el auricular. Le entregué éste a Maure y ella me miró apurada.

Luego representó su papel.

—¿Señor Nutting? —dijo—. Me llamo Maude Keever y voy a interpretar el film basado en su novela... Sí, Maude Keever. Acabo de leer el libro y me gustaría mucho cambiar impresiones con usted... Por supuesto que me ha gustado..., lo encuentro sencillamente fascinante... ¿Cómo? No, claro que no, puede venir a mi apartamento... Ahora, naturalmente... No sabe cómo me alegra que acepte usted... Vivo en Park. Drive, dos cinco siete nueve. Conforme...

Colgó y me miró.

—No ha parecido muy entusiasmado con la idea —comentó.

—Ya contaba con que no se entusiasmaría. El tipo cree que debe guardar luto eterno por Elaine, o algo así.

—¿Por esa...?

—No lo digas, amor. Él estaba enamorado de ella.

—No puedo creerlo. Nadie en su sano juicio era capaz de enamorarse de una mujer como Elaine Miller. Todo el mundo sabía la clase de pájara que era...

—Por lo visto, el amigo Nutting lo ignoraba... o quizá lo ignoró hasta el último momento.

—Ben, no te comprendo. ¿Por qué quieres que venga aquí? Me inquieta lo que pueda pasar...

—Verás, hay algo extraño en ese tipo.

Le conté lo sucedido en el despacho de Solomon desde el momento en que lancé la acusación contra el escritor. Las reacciones de éste seguían intrigándome, y todo lo que yo deseaba era poder ofrecer a la policía un sospechoso que me librara a mí de las atenciones de los polizontes.

Maude murmuró:

—Creo que es una jugada sucia, Ben. Imagina que el muchacho amase de verdad a Elaine... Si no sabía las intimidades de ella...

—Precisamente. Quizá cuando las averiguó perdió el control.

—¿Y la mató?

—Tal vez. Los crímenes pasionales suelen ser así de sencillos.

Tras unos instantes de reflexión, murmuró:

—Aunque fuera cierto... ¿Cree que te lo confesaría a ti?

—Bueno, no sin emplear argumentos un tanto convincentes. Pero hay mi par de cosas más que quiero preguntarle.

Me entretuve en llenar otra vez mi vaso. Ella me contempló en silencio, con el ceño fruncido.

El tipo se dio prisa en acudir a la cita. Apenas si había engullido el último trago del segundo vaso cuando llamó a la puerta y la muchacha le franqueó la entrada.

Jay Nutting desorbitó los ojos al contemplar el maravilloso cuerpo de Maude, tan generosamente expuesto gracias a su precaria indumentaria.

—Usted debe ser el señor Nutting —murmuró la muchacha—. Pase...

Entró y ella cerró la puerta. Entonces me vio y se detuvo en

seco.

—¡Usted! —exclamó, perdiendo el color—. ¿Qué clase de encerrona es ésta?

Maude pasó por su lado y vino a reunirse conmigo. Yo dije:

—Creo que será mejor que esperes en la habitación, cariño. Esto puede ser largo y desagradable.

Me besó fugazmente y tras esto onduló atravesando la estancia. Era una delicia verla andar. No despegué los labios hasta que hubo desaparecido.

—Siéntese, Nutting. Vamos a discutir un par de puntos.

—No vamos a discutir nada en absoluto. Me largo.

Giró, dispuesto a hacerlo. Dije:

—Si aguarda un minuto oírás como informo a la policía, amigo.

Descolgué el auricular. Él se detuvo en seco y volvió sobre sus pasos.

—¿Por qué quiere mezclarme en el crimen, Ballinger? —jadeó.

—Porque hasta ahora los polizontes sólo me tienen a mí para divertirse. Estoy impaciente para sacudirme su atención de encima y usted es el candidato ideal.

—¡Pero si no la mate!

—Yo tampoco. Siéntese.

Lo hizo con claro disgusto.

Encendí un cigarrillo y esperé unos segundos, tratando de adivinar qué haría un policía en una situación semejante. No llegué a ninguna conclusión.

De modo que dejé de preocuparme por eso y le espeté:

—Usted dice que estaba enamorado de Elaine...

—Es cierto. No creo que pueda olvidarla nunca...

—¿Cuándo fue la última vez que la vio?

—¿Por qué se empeña en preguntarme eso?

—Es una manera como otra cualquiera de empezar.

—¿Y cree que voy a responder a su interrogatorio? Debe haberse vuelto loco, Ballinger.

—Muy bien si lo quiere así. Pensaba darle una oportunidad, pero si tiene realmente la conciencia tranquila no le importará que haga venir al oficial encargado del caso.

Descolgué el teléfono y disqué el número de Jefatura. Él se mantuvo muy rígido. Tal vez pensaba que era sólo una bravata.

Una voz ronca gruñó algo a través del aparato.

—Quiero hablar con el teniente Herrick —dije.

—¿De Homicidios?

—Sí, de Homicidios.

Esperé. Pasaron unos pocos segundos. Entonces, Nutting brincó lleno de excitación.

—¡Basta ya, corte la comunicación! —gritó.

Depositó el auricular en el soporte. El volvió a sentarse.

—¿Y bien?

—Usted gana —dijo—. Se lo diré.

Para celebrarlo, me obsequié con otra ración de *whisky*.

—Hable, Nutting. Ya sabe qué le ha preguntado.

—La vi cuando ya estaba muerta... desnuda y sangrante... Fue algo espantoso.

Traté de disimular mi sobresalto.

—¿La vio muerta?

—Sí, había quedado citado con ella. Me dijo que usted iría allí y podríamos discutir sobre el guión.

—¿Dónde dejó el coche cuando llegó?

—Frente a la entrada.

—¿No penetró con él hasta la casa?

—No, nunca lo hacía. A ella no le gustaba.

—¿Y no vio a nadie ni oyó ningún ruido?

—Nada en absoluto. Creo que perdí la noción de todo cuando la vi desnuda, ensangrentada de aquella manera... No podía creerlo.

—¿Está seguro que está diciéndome la verdad? Recuerde que la policía tiene medios de averiguar si miente.

—¿No puede dejar a la policía fuera de esto? Yo no la maté...

—Por decir eso, un polizón me sacudió un puñetazo y no me creyó —rezongué—. ¿Vio algún otro coche por las cercanías?

—No... Pero había uno estacionado en el jardín, en la plazoleta delantera.

Eso era nuevo para mí, porque yo estaba seguro que cuando llegué allí no había ningún auto. O quizá me había pasado inadvertido... Después de todo, entonces no tenía motivo alguno para sospechar nada.

—¿Recuerda la clase de coche que era?

—No... sólo sé que era grande y oscuro, tal vez negro. Estaba en

un extremo de la plazoleta, en la sombra.

—Ya veo... quizá estuviera allí todavía cuando yo llegué. ¿Qué hizo usted cuando vio el cadáver?

—En los primeros instantes creo que me quedé rígido, inmóvil. No lo recuerdo muy bien... Luego salí corriendo.

—¿Y el libro? —le espeté de repente.

—Estaba en el suelo —respondió con naturalidad.

—¿Lo tocó usted?

—No.

—Ese libro no estaba allí cuando desperté, después del porrazo que me sacudieron —dije—. Alguien lo hizo desaparecer. ¿Por casualidad lo leyó usted en compañía de Elaine para planear el film?

—Sí, muchas veces...

—¿Con qué señalaba las páginas leídas?

—¿Cómo?

—Quiero saber qué utilizaba para señalar el punto.

—Oh, una fotografía vieja. Una fotografía suya y de un hombre, en una playa. Me dijo, cuando se lo pregunté, que hacía años que no veía a aquel individuo.

—Pues le engañó. Seguía entrevistándose con el... Pero dejemos eso ahora. Estoy pensando que fue usted muy afortunado, porque no cabe duda que el asesino estaba escondido allí cuando usted irrumpió en el dormitorio. ¿Estaba encendida la luz?

—Sí.

—Por eso, y debido a que salió disparado de allí, el criminal no tuvo oportunidad de hacer con usted lo mismo que hizo conmigo. Bueno, volvamos al libro. ¿Usted lo leía para ella, o sólo comentaba los pasajes que le interesaban a Elaine?

—Ella me indicaba los párrafos más idóneos de la película y entonces los discutíamos.

—De modo que quien tenía el libro constantemente era Elaine...

—Al principio, hace más de una semana, no. Luego cuando empezó a leerlo por segunda vez, sí.

—Ya veo...

—¿Qué piensa hacer ahora, llamar a la policía para meterme en un lío?

—No lo haré si me ha dicho la verdad.

—¡Claro que he dicho la verdad! No tiene objeto mentir con usted.

—Perfecto. Creo que ya puede largarse si quiere. Aunque... Una última pregunta, Nutting. Cuando usted tuvo el libro en las manos, para estudiar el asunto del guión con Elaine, ¿vio si había anotaciones escritas a mano en sus páginas?

—No, ninguna. Yo empecé a escribir algunas en los márgenes... pocas en realidad.

—Y luego, cuando ya sólo lo tocó ella, ¿se fijó si había más o si llevaba algún papel entre sus páginas?

—No vi ningún papel, pero sí observé que las anotaciones se habían multiplicado. Había muchas más de las que hice yo.

—¿Las había escrito Elaine acaso?

—No lo sé... nunca se me ocurrió preguntarle... ¿No cree que se llevaron el libro por la simple razón de que contenía la fotografía de aquel hombre? Le confieso que es el único motivo que se me ocurre.

—Yo también lo pensé así en un principio, sólo que cuanto más pienso en eso menos probable me parece. Podían haberse llevado la foto sin necesidad de hacer desaparecer el libro.

—Quizá esté en lo cierto...

—Espero que la policía lo aclare cuanto antes. Puede irse, Nutting, creo que ya no me queda nada más que preguntarle...

Se levantó. Dio un furtivo vistazo a la puerta tras la cual Maude había desaparecido, y después de titubear giró sobre sus pies y se marchó.

La muchacha apareció casi al instante.

—¿Lo has oído? —pregunté.

—Sí.

—¿Qué te ha parecido?

—No sé, su voz sonaba sincera.

—No obstante, confiesa que estuvo allí cuando ella ya estaba muerta. Tal vez llegó antes de que eso ocurriera... Un guardia vio un coche ante la verja de entrada... debía tratarse del de Nutting.

—¿Qué vas a hacer ahora, querido?

—Primero, besarte...

Lo hice. Ella correspondió con entusiasmo.

—¿Y luego? —susurró.

—Seguir besándote...

Seguimos haciéndolo también, por supuesto.

CAPÍTULO X

En los tres días siguientes no quise saber una palabra de asesinatos, ni misterios de ninguna clase. Me encerré en compañía de La diosa de fuego y luché por sacar algún partido de aquella sucesión de situaciones absurdas y eróticas, tratando de conseguir algo semejante a un guión más o menos aceptable.

Trabajé como un forzado, que era como a Alvin Solomon le gustaba que trabajásemos los que constábamos en su nómina, hasta tal extremo que la noche de ese tercer día sólo me faltaba encontrar un final un poco mejor que el de la novela para rematar el primer tratamiento del guión.

En líneas generales me sentía bastante satisfecho de mí mismo. Lo celebré castigando frecuentemente a la botella de *whisky* que tenía al alcance de la mano. Los ceniceros rebosaban de cigarrillos a medio fumar. La ceniza desbordaba. La atmósfera podía cortarse con un cuchillo debido al humo del tabaco.

Resumiendo, era el ambiente ideal para que estuviera a gusto.

Sólo que el teniente Herrick se presentó echando por la borda mis buenos propósitos.

Olisqueó el aire y enarcó las cejas ante el panorama.

—¿Cómo demonios resiste usted esa atmósfera, Ballinger? —rezongó—. Esto apesta.

—A tabaco.

—De acuerdo, pero apesta.

—Estoy trabajando, teniente.

—Ya Jo veo...

Avanzó, titubeante. Me di cuenta entonces de que su expresión no era la normal en sus facciones recias y ojos inteligentes. Incluso me pareció advertir que estaba más pálido que de costumbre.

Se detuvo junto a la mesa donde se amontonaban los folios mecanografiados. Tomó algunos y simuló que leía los primeros párrafos, aunque yo hubiera apostado a que no veía siquiera las letras.

Y de repente masculló:

—He venido a presentarle disculpas, Ballinger.

—¿Disculpas? —exclamé—. ¿De qué está hablando? ¿Tienen ya al asesino?

—No... Me refiero a la forma en que le trató el sargento Logan.

—Vaya. Ha tardado usted bastante en caer en la cuenta de que se comportó como un energúmeno.

Me miró de reojo. Aspiró hondo. Luego murmuró:

—Ha presentado la renuncia hoy.

—Absurdo. ¿Por haberme golpeado a mí?

Sacudió la cabeza.

—No lo entiende usted. Eso no ha influido en su decisión... Pero él había estado otras veces en aquella casa.

Por poco no me caí de espaldas.

—¿Quiere decir que también él había «caído en la órbita» de Elaine?

Asintió con un gesto. Entonces caí en la cuenta de que, realmente, el sargento era el tipo ideal que enloquecía a Elaine. Recordé mi primera impresión al verlo... parecía un Hércules en traje de calle.

—De modo que...

Callé. No había mucho más que decir después de eso.

—Ha confesado que incluso acudía allí las noches que estaba de servicio. Daba una excusa a los patrulleros y «hacía su ronda privada», para decirlo de alguna manera. Por supuesto, los policías no son superhombres...

—Eso puedo comprenderlo perfectamente sabiendo quién era Elaine. Oiga, ¿no estará usted sospechando del sargento ahora? Si estaba celoso...

Se encogió de hombros.

—Ha sido interrogado a fondo... hasta donde es humanamente posible estar seguro, él no lo hizo.

—Está bien, ya me ha dado la noticia. Comprendo lo desagradable que ha sido para usted venir aquí y contarme eso...

—El ha insistido en que viniera. Se ofuscó aquella noche, no porque creyera que usted la había matado, sino porque le tomó por un rival..., otro de los adoradores de aquella mujer. Reconoce que no creyó que usted era el asesino ni por un instante.

—Es un consuelo... ¿Han hecho ustedes algún progreso en la investigación?

—No mucho... estamos interrogando a todos los que tuvieron algo que ver con ella, que no son pocos. Esa mujer tenía una capacidad amoratoria francamente asombrosa. Por si le interesa, interrogamos también a Jay Nutting.

Di un respingo de sorpresa.

—¿Y qué?

—Usted lo sabe bien, puesto que le obligó a decírselo todo mucho antes que a nosotros.

—Tuve una corazonada, usted sabe...

—Pero no me hizo saber lo que obtuvo. Él dice que estuvo allí cuando la Miller ya estaba muerta, o sea, poco antes que usted.

Asentí con un gesto.

—¿Le cree?

Se encogió de hombros.

—Como a los demás. Estamos investigándolos a todos y comprobando sus coartadas.

—¿Y Milton Orkin?

—Ése está fuera de sospecha. Hemos comprobado que durante toda la noche no se movió de una de sus salas de juego. Igualmente, su gorila permaneció cerca de él.

—¿No tiene otros pistoleros?

—Sí, pero tampoco tuvieron oportunidad.

—Ya veo... No tienen ustedes prácticamente nada. ¿Es así?

Asintió con un gesto. Luego añadió:

—Cuestión de rutina. Tarde o temprano cazaremos al que la mató.

Mentalmente le deseé suerte, porque yo no creía que al paso que llevaban pudieran conseguirlo jamás.

—¿Quiere un trago, teniente?

—No. Me largo. Sólo he venido por complacer al sargento Logan. Una sicología complicada la de ese hombre..., pero eso ya es otro asunto.

Se quitó el sombrero el tiempo justo de encasquetárselo nuevamente, gruñó una despedida y se fue.

No dejó de preocuparme aquella visita, por cuanto no era lógico el comportamiento del teniente. Nunca había visto que los polizontes se presentasen a uno ofreciéndole excusas por haberlo maltratado.

Aunque, si se pensaba detenidamente, sí era lógica en un policía honesto. Al teniente debía haberle sentado muy mal el comportamiento del sargento, abandonando el servicio para entrevistarse secretamente con Elaine Miller. Incluso era posible que sospechase de él...

Traté de no pensar más en este asunto para concentrarme en el trabajo. El final me preocupaba, resistiéndose.

El timbre del teléfono rompió una vez más la línea de trabajo.

Descolgué el auricular, para oír la voz retumbante del «Hombre Grande» gritarme a través de él:

—¿Se ha olvidado del guión, Ballinger?

—¡Maldita sea! Quedamos que tenía una semana de tiempo...

—Eso dijo usted. He hablado esta tarde con Manning. Termina de leer el libro esta noche, de manera que estará en condiciones de estudiar el guión junto con usted. Llámelo.

—Pero todavía me falta el final...

—El le ayudará a encontrar uno aceptable. Creo que la lectura del libro le ha producido dolor de cabeza, pero cree que se puede sacar partido para una película rebosante de «sexy».

—Es lo único que tendrá en todo caso.

—Póngase en contacto con Manning, Ballinger. Mañana, por la mañana, quiero tener el primer tratamiento.

Suspiré resignadamente.

—Ojalá me hubiera dedicado a criar gallinas —dije—. Esas simpáticas aves nunca tienen prisa...

—¡Ballinger! Sus chistes no...

Colgué, sólo para descolgar de nuevo y llamar a Nelson Manning.

No respondió, lo cual demostraba que su interés por el guión era muy inferior a lo que el «ogro» pensaba.

Intenté trabajar otra vez, pero hube de reconocer que no estaba en vena. Entre unas cosas y otras no había manera de escribir ni

una línea.

Comencé a pensar en la conveniencia de largarme a casa de Maude. Con no poca sorpresa, me di cuenta de que hacía tres días con sus noches que no la tenía entre mis brazos. Toda una eternidad, según mi punto de visto.

Bueno, estaba escrito que aquélla no era mi noche. El teléfono volvió a cobrar vida y al descolgarlo oí la voz excitada de Jay Nutting.

—¿Ballinger? —aulló—. ¿Es usted?

—Sí. ¿Qué demonios le pasa ahora?

—¡Maldita sea! Acabo de tener una discusión acerca del libro que estaba en poder de Elaine y...

Sonó un golpe seco, después un estrépito al golpear el auricular contra una superficie dura. Hubo un silencio que me puso los pelos de punta.

—¡Oiga, Nutting! —grité—. ¿Me oye?

De nuevo el auricular golpeó contra algo, y tras esto la comunicación quedó cortada.

Deposité el aparato en el soporte y un largo escalofrío me recorrió la espina dorsal. A mi modo de ver, aquello solo tenía una explicación.

Volví a colgar y traté de comunicar con el teniente Herrick, pero no estaba en la Jefatura ni nadie sabía dónde localizarlo. Lo dejé correr, saqué la guía y busqué la dirección de Nutting. Tras esto salí de estampida.

Creo que en mi vida había conducido el coche como lo manejé aquella noche. Hice polvo todo el código de la circulación, sorteé obstáculos y mantuve la aguja por encima de las setenta millas casi constantemente.

La casa de Nutting era una suerte de *bungalow* enclavado en una de esas urbanizaciones de reciente creación, asépticas, sin vegetación, y que hasta la hierba ha debido ser llevada allí porque, antes de construir, aquello era un desierto, más allá de las colinas. No sé cuánto tiempo invertí en llegar, pero no me cupo duda que batí todas las marcas de velocidad en circuito urbano.

Había luz en las ventanas. Me precipité a la puerta, golpeé sobre ella y nada sucedió. Traté de abrirla, pero estaba cerrada con llave.

Corrí hacia la primera ventana. También estaba cerrada, pero ni

siquiera dudé. Rompí el cristal, metí la mano y un instante después estaba dentro de una sala con evidente falta de muebles.

—¡Nutting! —grité.

No hubo respuesta. En aquel instante adquirí la seguridad de que el novelista no respondería jamás a ninguna llamada.

Abrí una puerta, que comunicaba con un pasillo. La cerré de nuevo y me dirigí a la otra que quedaba a la vista.

Correspondía al estudio de trabajo del escritor.

Y allí estaba él, tumbado al pie de una mesita, con as gran charco de sangre alrededor de su cabeza. Un pesado cenicero de bronce había servido de arma al criminal para machacarle la nuca.

Sobre la mesita estaba el teléfono. Todo lo demás me pareció en un orden perfecto, excepto el cenicero, caído en el charco de sangre.

—Bien, muchacho..., sea donde sea que se halle Elaine, no cabe duda que has ido a reunirte con ella... —mascullé entre dientes, mirando precavidamente a mi alrededor.

Esta vez nadie me atacó a traición. En pocos minutos hube recorrido toda la casa convenciéndome de que no había nadie emboscado por ninguna parte. Sólo entonces, envolviéndome la mano con un pañuelo, descolgué el teléfono y llamé a la policía.

CAPÍTULO XI

Horas más tarde llegó el teniente Herrick, cuando ya los hombres de la Brigada habían realizado la mayor parte de su trabajo.

—Ballinger —rezongo—, tiene usted una habilidad especial para tropezarse con cadáveres... ¿Cómo encontró éste?

Le conté la llamada que había recibido y todo lo demás que llevaba repetido por lo menos una docena de veces.

—¿Recuerda exactamente las palabras que empleó ese muchacho? —preguntó de repente.

—No literalmente, pero dijo que acababa de tener una discusión sobre el libro que yo vi en la habitación de Elaine, el que desapareció. Justo en ese momento debieron golpearle.

—No le dieron tiempo a ser más explícito. Lo que no comprendo es cómo el criminal, estando en su compañía, discutiendo con él, le dio la oportunidad de telefonear... Es absurdo dejarle llamar por teléfono para matarle cuando está hablando.

Me encogí de hombros. Estaba harto de todo el maldito asunto.

—Es trabajo suyo disipar esas dudas, teniente —le dijo—. Creo que ya es hora de que ponga fuera de circulación al matarife que anda suelto por la ciudad.

Sin hacerme caso, monologó:

—Es indudable que Nutting conocía al asesino. Le permitió entrar, y discutió con él acerca del libro desaparecido... ¿Qué cree usted que estuvieron discutiendo, su calidad literaria?

—No fue ésa la impresión que saqué. Me pareció entender que la discusión había sido acerca del libro de Elaine, no del contenido de la novela.

—Ya veo... ¿Cómo ese desgraciado pudo llegar a una conclusión acertada en cuanto al asesino, y para nosotros es imposible?

—Tal vez conocía datos que nosotros ignoramos. No olvide que él había estado planeando la película en compañía de Elaine y, en consecuencia, había visto las páginas del ejemplar que obraba en poder de ella. En esas páginas debe radicar el nudo de este asunto.

—Estoy dispuesto a apostar que tiene usted razón. Ahora bien, ¿qué pudo haber habido en esas páginas que sea tan importante?

—No lo sé. Por regla general, cuando se discute sobre un posible guión basado en un libro, suelen hacerse anotaciones en los márgenes de las páginas, anotaciones destinadas a servir de recordatorio a la hora de escribir...

—Ahora que recuerdo. Recibimos la fotografía de Elaine y Orkin por correo. Un envío anónimo, usted sabe...

—Era de esperar. Un intento del asesino para desviar la atención de la policía... a menos que Orkin sea realmente el criminal.

—No lo creo. No es un trabajo propio de ese bastardo. El asesino creyó que eso serviría de maniobra de distracción. Todo el tiempo que nosotros dedicásemos a seguirle las huellas a Orkin, sería tiempo de que él dispondría para borrar sus rastros, si es que existe alguno.

—Debe existir...

Se desentendió de mí para hablar con sus especialistas. Fueron ellos los que le dieron también el informe preliminar del forense, que había reconocido el cadáver mucho antes de la llegada del teniente.

Encendí un cigarrillo y me acerqué a la ventana. El cielo comenzaba a clarear anunciando el amanecer. Una noche perdida y un crimen más.

Aquel ejemplar desaparecido... Si por lo menos cuando lo tuve al alcance de la mano hubiese podido abrirlo...

Aunque en ese caso, lo más seguro es que estuviese muerto a estas horas.

Arrojé el cigarrillo apenas encendido. Contemplé cómo dos enfermeros se llevaban el cadáver. Algunos de los peritos de la policía se marcharon también.

Herrick vino a mi encuentro.

—Creo que puede irse a dormir, Ballinger. Ya nada puede hacer aquí.

—¿Dormir? Usted no conoce al «ogro».

—¿A quién?

—Alvin Solomon.

—¡Oh! He oído hablar de él.

—Mal, sin duda.

Hizo una mueca. Trató de sonreír, pero estaba tan cansado como yo para conseguirlo.

—¿Qué tiene eso que ver?

—Esta mañana espera que le lleve el guión a su oficina... ¡Con un demonio! —exclamé—. Eso me recuerda que...

Me precipité al teléfono. Me detuve con la mano levantada sobre gil.

—¿Puede tocarse ya?

El asintió. Llamé a Manning de nuevo. Su voz sonó ronca y soñolienta. El tipo había dormido. Yo no.

—Le habla Ballinger —dije—. ¿A qué hora le parece que podemos reunirnos?

—¿Habló con Solomon anoche?

—Sí.

—Bien, creo que a estas horas ya... Mire, nos veremos en la oficina de los estudios, pongamos a las diez. Podremos estudiar ese maldito guión de una vez. ¿Conforme?

—Por mí está bien. ¿Ha pensado sobre un final aceptable?

—Le confieso que no. No había leído esa monstruosidad y lo terminé justamente ayer tarde. Y tras esa prueba de resistencia preferí olvidarlo durante unas horas.

—Comprendo... A las diez entonces.

Colgué, pero apenas si me di cuenta cuando deposité el auricular. Algo estaba zumbando en mi cabeza como un abejorro, una y otra vez, incomprensiblemente, de manera monótona. Algo que escapaba a mis desesperados intentos de cazarlo.

—¿Qué le pasa ahora, Ballinger, malas noticias?

—¿Qué? Oh, no, teniente. Sólo que esta mañana tengo una reunión en los estudios y presumo que será tempestuosa... El cine es así, ¿entiende?

—No mucho, la verdad.

—Mejor así, entonces.

—Si se le ocurre algo positivo en relación con la conversación sostenida por teléfono con Nutting, no dude en llamarme. Nunca

sabe uno de dónde surgirá la primera pista.

—Lo recordaré... ¿Puedo marcharme?

—No veo por qué no.

Suspiré, aliviado de la tensión.

—¿Qué ha pasado con el sargento Logan al final? —pregunté al pensar en él.

—Nada. Se ha procurado que su dimisión fuera lo más discreta posible, eso es todo.

—¿Dónde podría encontrarlo, teniente?

Me miró, estupefacto ante la pregunta.

—¿Por qué quiere verle? —indagó.

—Bien, creo que si le digo personalmente que no hay rencor alguno por lo sucedido se sentirá mejor, ¿no cree?

Sus inteligentes ojillos se achicaron, cargados de sospecha.

—Es usted un tipo muy considerado, teniendo en cuenta el modo como Logan lo trató...

—Bien, él estaba obcecado, ¿no?

—Vaya a verle si quiere —dijo.

Sacó una libretita de notas, consultó sus páginas y me dio la dirección. Cuando salí de allí él me siguió con la mirada, evidentemente perplejo, pero interesado.

No presentó dificultad alguna el localizar las señas del ex sargento. Lo único que me preocupó fue que si le despertaba a semejantes horas me echase escaleras abajo.

Sin embargo, tan pronto abrió la puerta, comprendí que ni siquiera se había acostado. En mangas de camisa, despeinado y con barba de dos días, apenas si podía sostenerse sobre los pies. Estaba completamente borracho.

—¡Usted! —tartajeó—. Entre... ¿Le dijo... el teniente...?

—No se preocupe. Todo está olvidado.

Retrocedió. Su formidable estatura y constitución producían escalofríos al verlo tambalearse violentamente. Al fin, se dejó caer sentado sobre una revuelta cama, agarró una botella y bebió directamente.

Se la arrebaté de las manos sin contemplaciones.

—Quiero hablar con usted, Logan —dije—, de modo que olvídense de la botella durante un rato, ¿quiere?

—No quiero saber nada de aquella zorra... nada, ¿entiende?

—No le hablaré de Elaine.

—Me volvió loco..., más de una vez pensé en retorcerle su lindo cuello... porque se reía de mí.

—¿Por qué se reía de usted?

—Yo soy un Don Nadie... Eso decía ella... Pero no quiero hablar más de esto.

—Hábleme de las últimas veces que la vio...

—¡Lárguese!

—Ella tenía un libro, una novela que estaba leyendo. ¿Lo recuerda?

Asintió con un gesto. Sus ojos inyectados de sangre me miraron igual que si no me vieran.

—¿Tuvo usted ese libro en sus manos alguna vez?

—No quiero recordarla... ni hablar de ella. Váyase...

—El libro, Logan... ¿Lo tuvo en sus manos alguna vez? Olvídese de Elaine ahora. Concéntrese en el libro solamente.

Bamboleó la cabeza de un lado a otro.

—Sí —balbució.

—¿Recuerda las anotaciones de sus páginas? Anotaciones escritas a mano...

—Sí..., había muchas... ¿Y qué con eso?

—¿Recuerda alguna de ellas? Su significado... las palabras escritas...

—No..., es imposible...

—¿Y la letra?

—Tampoco... Déjeme en paz, ¿quiere?

—¿Le gustaría ajustarle las cuentas al tipo que la mató, Logan?

Sus ojos chispearon por primera vez, luchando por emerger de la borrachera.

—Está loco —susurró.

—Trate de recordar, Logan... ¡Recuérdelo, maldita sea! Tenemos al criminal en nuestras manos si lo consigue.

Sacudió la cabeza.

—Eran anotaciones técnicas para la película..., no entiendo de eso. Planos, *travellings*, y cosas así... Ella si lo entendía... la pequeña zorra...

Me acerqué a él y le obligué a levantarse.

—Va a meterse en la ducha, Logan, para despejarse. Luego

vendrá conmigo. Tiene usted derecho a ello.

—¿Yo? Ya no soy policía..., me dijeron que debía presentar la dimisión... Una renuncia «voluntaria» para evitar escándalo y que los demás policías se vieran salpicados por el lodo... No hice honor a mi cargo, a mi chapa..., a mi sueldo miserable. ¿Qué creían? Ellos no conocieron a la pequeña Elaine...

—Pero yo sí la conocí —mentí—, y quiero darle la oportunidad de desenmascarar al culpable. Quizá si lo detiene usted le admitirán otra vez en la policía. Hasta es posible que le asciendan, Logan.

Me miró. Poco a poco, las palabras fueron penetrando en su cerebro. Le empujé hacia el cuarto de baño, cuya puerta abierta se cerró tras él cuando hubo entrado.

Esperé un tiempo que se me antojó interminable. Al fin salió, desnudo, y frotándose con una gran toalla de baño.

—Soy un tipo repugnante —masculló—. ¿No se ríe usted de mí?

—¡Maldita sea! Deje de compadecerse y vístase de una vez.

Lo hizo con algunas dificultades, pero al fin pude llevármelo al coche y emprender la marcha.

* * *

Ella había modificado su atuendo. Ya no era solamente el jersey lo que le venía estrecho, sino la corta falda que se apretaba en torno a sus caderas golosamente.

—Voy a pedirle al «ogro» que me de un empleo aquí —dije, inclinándome sobre la valla de separación—. Tú y yo tenemos algunas cosas que discutir.

—¿Respecto a mi vestuario?

Se rió y sus ojos parpadearon aceleradamente al ver la imponente figura del sargento a mi espalda.

—¿Quién es, un nuevo Tarzán? —susurró.

—No gastes tus cartuchos en él, está fuera de tu órbita. En realidad, se encuentra lejos de aquí en estos instantes.

—Entonces, alguien debería decirle que se acercara un poco... A su lado, tú no tienes ninguna oportunidad.

—Me partes el corazón, nena... ¿Está ahí el jetazo?

—Seguro.

—¿Y Manning, ha llegado?

—Hace más de quince minutos. Te esperan.

—Ya lo sé.

Ella manejó el interfono. Yo empujé a Logan hacia la puerta y entramos.

Tanto Manning como Solomon dieron un respingo al ver a mi acompañante.

—Buenos días —dije amablemente—. Este amigo se llama Logan.

Solomon se atragantó. Sus ojos brillantes me recorrieron de arriba abajo.

—¿Dónde está el guión, Ballinger? —bramó.

—No he tenido tiempo de ir a buscarlo, pero...

—¡Condenación! ¿Qué clase de bastardo es usted? ¿Cree que puede jugar con mi dinero?

—Olvídese de su dinero por unos minutos. Voy a proporcionarle otras emociones esta mañana... Hay gente que pagaría por eso.

Enrojeció hasta la raíz de los cabellos. Barbotó algo que no entendí. Manning, inmóvil en su butaca, nos miraba a todos alternativamente.

Detrás de mí, Logan gruñó:

—¿Qué significa esto, Ballinger? Espero que sepa lo que está haciendo.

—Por supuesto que lo sé. Ahora va a verlo...

Solomon encontró de nuevo su voz.

—¡Lárguese de aquí y no vuelva si no es trayendo el guión! ¿Entiende? O, mejor, no vuelva jamás. Tengo docenas de ensucia cuartillas esperando que les de esa oportunidad.

—Para usted todo se reduce a dinero y oportunidades. ¿Qué tal si por una vez se concentra en un par de crímenes?

—Un par de... ¿Qué?

—Dos asesinatos. El de Elaine y el de Jay Nutting. A pesar de que la literatura no ha perdido nada con su muerte, no deja de ser un crimen.

Se levantó poco a poco. Trasladó su mirada hacia Manning.

—¿Tú sabes de qué infiernos está hablando ese mequetrefe, Nelson?

—Supongo que quiere decir que Jay Nutting ha sido asesinado también, ¿eh, Ballinger?

—Ni más ni menos.

Solomon volvió a sentarse, despacio.

—Bueno, esto es el colmo...

—Afortunadamente para usted —dije—, ya había firmado los contratos.

—Ballinger, voy a arrojarle por la ventana. No me importa cuántos crímenes se hayan cometido en la ciudad durante los últimos días. Me importa mi negocio, y mi negocio es el cine...

—Y para hacer cine, se necesitan guiones —dije, remedando su tono—. Y actrices, y actores... y directores.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que ya puede empezar a buscar otro director, porque Manning no volverá a dirigir una película más.

Los dos se levantaron de un brinco. Manning palideció. Por el contrario, el rostro de Solomon estaba rojo como un pimiento.

—¡Otra estupidez! —bramó.

Sacudí la cabeza de un lado a otro.

—Un asesino no puede dirigir películas, señor Solomon —le espeté—, y Manning es un asesino por partida doble.

Oí una especie de gemido a mis espaldas. Logan había encajado la noticia.

Manning susurró:

—Está loco, Ballinger...

—Usted estuvo loco cuando la mató. Y lo ha estado cuando ha aplastado la cabeza al pobre Nutting. Si yo no fuera un estúpido lo habría comprendido mucho antes y el muchacho todavía viviría.

Solomon consiguió encontrar la voz en alguna parte y gruñó:

—¿Debo entender que acusa a Manning de dos asesinatos?

—Ni más ni menos.

—Pero... es absurdo. Conozco a Manning desde hace años..., es incapaz de matar...

—«Era» incapaz, hasta que Elaine le volvió el seso, como a muchos otros.

Solomonladeó la cabeza y clavó sus ojillos en el director. Con voz apenas audible masculló:

—¿Qué dices a eso, Manning?

El aludido paseó su mirada de uno a otro de nosotros. La voz silbante de Logan se elevó como un aullido:

—¡Usted, hijo de perra..., usted la mató...!

Manning retrocedió. Logan dio un paso, colocándose a mi lado. Justo en aquel instante, el director sacó un revólver de pequeño calibre y nos encañonó.

—Es cierto, Solomon, lo hice. Únicamente, que aquella noche debí matar también a ese bastardo de Ballinger, en lugar de golpearle...

—Gracias, eso hace que me sienta importante —repliqué—. ¿Qué cree que hará con ese revólver?

—Matarle y volarme los sesos después.

—No podrá salir de aquí, Manning..., entréguese.

Logan gruñó:

—Soy policía. Deme ese revólver.

Alargó la mano confiadamente. Manning retrocedió de un salto.

—¡Apártese! —chilló—. Usted, Ballinger, ¿cómo lo ha sabido?

—Usted cometió un error, hablando en este despacho con el señor Salomón y conmigo. Dijo que la historia de La diosa de fuego era pura basura, que no valía fiada en absoluto o algo así, ¿recuerda? Y añadió que, a pesar de todo, dirigiría la película. Luego, hizo la comedia de que iba a comprar un ejemplar para leerlo y estar en condiciones de tratar conmigo sobre el guión. Se contradijo usted mismo...

—¿Y con sólo eso se ha atrevido a acusarme?

—Hay algo más... El sargento Logan vio las anotaciones del ejemplar que obraba en poder de Elaine. Anotaciones técnicas, Manning, no artísticas. Elaine nunca hubiera sido capaz de planificar escenas. Apenas sí sabía interpretarlas...

—Ya veo...

—Usted creyó que llevándose el libro borraba su rastro, porque nadie sabría que había estado estudiándolo en compañía de Elaine, durante sus citas nocturnas. Supongo que se valió de su posición para conseguirla. Porque, con franqueza, usted no era su tipo...

—Era una cualquiera —barbotó Manning—. Ahora, todo ha terminado gracias a usted...

El revólver quedó fijo en mi pecho. Comencé a temblar. No creo que haya nadie que pueda mantenerse sereno con la muerte tan cerca...

Logan exclamó:

—¡Agárralo, Bill!

Manning pegó un salto, girando en redondo. Cuando comprendió que había sido víctima de una vieja treta Logan tenía un revólver del «38» en la mano y gritó:

—¡Tire el arma, Manning, o por Dios que le mato!

Manning titubeó. Vi en sus ojos la decisión de no rendirse y dejarse matar... después de liquidarme a mí.

De modo que todo lo que se me ocurrió fue pegar un salto de costado al mismo tiempo que su revólver se movía, buscándome.

Las dos armas rugieron a la vez. El «38» del sargento con una violencia que hizo estremecer las paredes.

Manning dio un salto atrás. Una bala pasó zumbando junto a mi cara, pero antes de que acabara de dar la voltereta pude ver que el revólver escapaba de los dedos del director, unos dedos muertos, sin vida.

Casi caímos los dos a la vez.

Sólo que yo me levanté y él no.

Logan nos miró a Solomon y a mí con ojos sin expresión.

—Deseaba hacerlo..., él me ha dado la oportunidad —masculló.

Se acercó al teléfono y llamó al teniente Herrick, a Jefatura. Allí debieron informarle que estaba en casa de Nutting, le facilitaron el teléfono y volvió a marcar el número.

Solomon balbució:

—No lo comprendo... Manning...

—¿Qué ha pasado, señor Solomon?

Nos volvimos en redondo. La sugestiva secretaria nos miraba con ojos asustados. La delantera de su jersey acusaba una respiración tan violenta que era incomprensible como no estallaba con la presión.

Solomon la despidió con un ademán. Al salir, lo hizo con un andar apresurado, pero que no conseguía disimular la cadencia armoniosa de sus movimientos. Sus caderas parecían haber sido hechas sólo para ese movimiento...

Escuché a Logan dar cuenta escuetamente de lo sucedido. Estaba contando lo de los disparos, y comprendí que iba a confesar al teniente que había disparado porque deseaba matar al asesino de Elaine. Entonces le arrebaté el teléfono de las manos.

—¿Teniente? —dije—. Logan me ha salvado la vida. Manning ha

disparado contra mí. Sólo estoy vivo porque Logan ha disparado a su vez... ¿Qué le parece eso?

—¿Por qué no deja que me lo cuente él?

—Está un tanto afectado.

—Comprendo... De todos modos, gracias, Ballinger.

—¿Por qué? Él lo ha hecho todo.

Colgué. Logan me miraba con el ceño fruncido.

—Es usted un gran tipo, aunque no sea ningún atleta —
masculló, sonriendo.

Solomon gruñó:

—Supongo que deberé abandonar mi oficina hasta que los policías se lleven el cadáver... Otra cosa que le debo a usted, Ballinger...

—Le traeré el guión sólo para que lo olvide...

—¿Cuándo?

—Esta noche... —dije, sabiendo por anticipado que mentía.

—Conforme —volvía a ser el hombre de negocios—. Pero si me falla alguien tendrá que detenerme a mí por cometer un asesinato...

Le fallé, naturalmente.

Aquella noche fui en busca de consuelo. Mis nervios estaban alterados y malditas las ganas que tuve de escribir un guión de cine.

En lugar de eso, viví uno por mi cuenta, tan alborotado como La diosa de fuego.

Sólo que mi diosa de fuego fue Maude, una vez más.

FIN



José María Lloró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los ALIAS:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas) (para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron (en terror y policiaco).
- Mike Shane.
- Milly Benton.

- Ray Brady.
- Ray Simmons (a veces, Simmonds).
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.